

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

RAYO DE LUZ

lucky marty

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

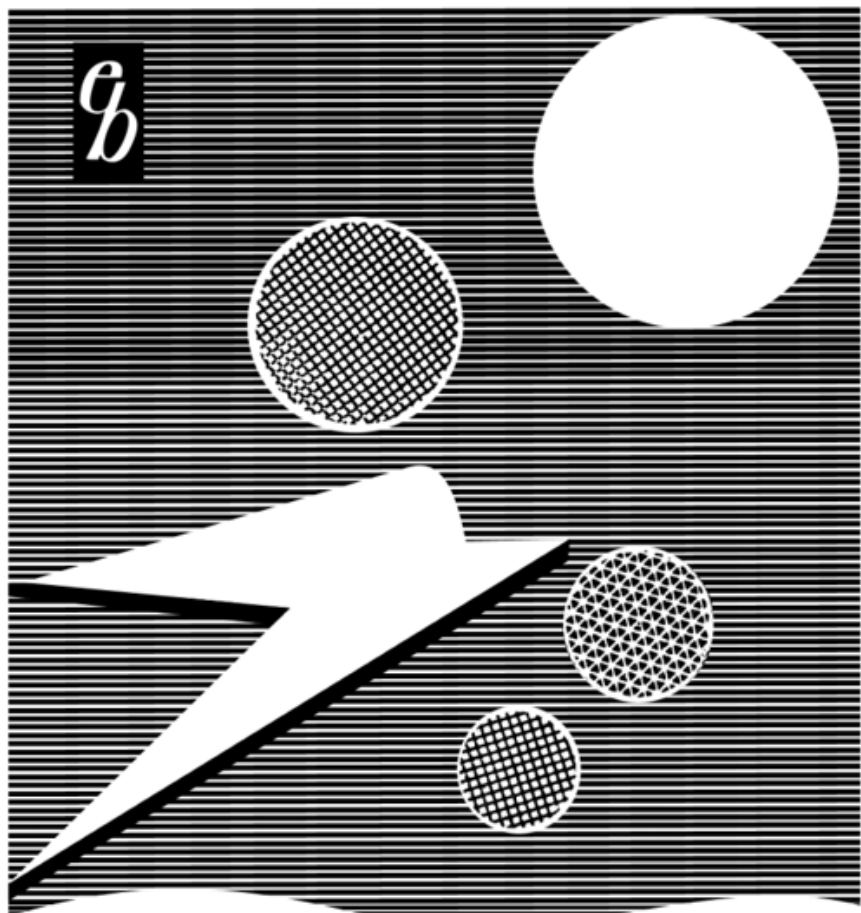
RAYO DE LUZ

lucky marty

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

LUCKY MARTY

RAYO DE LUZ

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.º 184**

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 49.246 – 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1974

© **LUCKY MARTY** - 1974

texto

© **ALBERTO PUJOLAR** - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

179— El cerebro. — *SilverKane*.

180— Murió mil veces. — *Curtís Garland*.

181— Escrito en el tiempo. — *SilverKane*.

182— Mil millones de ojos. — *SilverKane*.

183— Asteroide Lesbos-3. — *Curtís Garland*.

«Donde quiera que se implanten muchas máquinas para reemplazar a los hombres, encontraremos muchos hombres que no serán otra cosa que máquinas.»

Chesterton

CAPITULO PRIMERO

La torre de control de la Base Militar de Yellowknife se alzaba a más de cuatrocientos metros sobre las pistas del astródromo y desde allí, contemplando las gigantescas instalaciones, a Ada Richter se le antojaba que los seres humanos parecían hormigas.

Pero eso sí: hormigas laboriosas, activas, infatigables en su ir y venir y hasta orgullosas de su depurada técnica y su ciencia, que les había permitido edificar todo aquello para proyectarse más allá del Sistema Solar, soñando *con* dominar pronto las estrellas.

Pero Ada Richter no conseguía ver gran cosa, al tener sus grandes ojos azules velados por unas lágrimas rebeldes, que la obligaban a contemplarlo todo de forma confusa, opaca y gris y con gran tristeza.

En el fondo, no le importaba mucho no poder contemplar a placer el magnífico y dilatado panorama que se extendía ante ella, con el mar de Hudson al fondo tan azul como sus propias pupilas. Ella no estaba allí para recrear su vista, sino para ver por última vez a su padre.

Albert Weiss Richter, en compañía de otros cinco mil sentenciados, pronto sería deportado al frío y lejanoplaneta Plutón, última conquista del hombre en su Sistema Solar, dedicado, en una supercivilización mecanizada y absurda, a contener los deshechos de una sociedad que no deseaba contaminarse con la escoria humana.

Y Plutón estaba a cinco mil novecientos millones de kilómetros de la Tierra...

Pero, ¿acaso a Albert Weiss Richter, profesor de física nuclear y catedrático de cibernética de la Universidad de Princeton, se lo podía comparar con la escoria y los detritus humanos?

Y no obstante, aquel hombre cargado de ciencia, aquel cerebro privilegiado, había confesado su crimen y el tribunal que le sentenció tuvo que juzgarle por asesinato en primer grado, con el agravante de alevosía y premeditación.

Contemplando las tranquilas aguas de la bahía, Ada Richter también recordó a su madre. Una mujer dulce y bondadosa, que una trágica noche había aparecido en el lecho conyugal terriblemente mutilada por su esposo.

Albert Weiss Richter, el sabio y respetado profesor de la Universidad de Princeton, se había entretenido con fiera saña en mutilar el cuerpo de la mujer con la cual había compartido la vida durante veinticinco años de perfecta armonía conyugal, hasta aquella triste noche.

Y no fue un ataque de locura lo que le llevó a cometer su horrible crimen. Posteriores reconocimientos de los psiquiatras y mil exámenes demostraron que el profesor Richter no había perdido sus facultades mentales. Al contrario: pareció haber ganado en lucidez y claridad, aunque también un descarado cinismo que le llevó a decir ante el tribunal:

—«Tuve que matarla. La pobre Nadja se había convertido en una vieja inútil que para nada me servía. ¡Y yo necesitaba casarme con otra mujer!»

Al recordar estas palabras de su padre, Ada Richter se horrorizó y tuvo que ocultar el rostro entre sus manos crispadas.

Y sin embargo, estaba allí, para despedir al menos con la vista a su padre, al que no había podido ni olvidar ni dejar de querer. Para tranquilizarse, la muchacha se dijo que era natural que deseara verle por última vez. No se olvidan fácilmente veintitrés años al lado de una persona correcta y amable, buena y cariñosa, que desde los primeros balbuceos de la vida cuida y vela por uno.

Sí: Albert Weiss Richter había sido un padre bueno en extremo...

Si alguna duda le quedaba, ahora no tenía más que recordar. Su niñez, su infancia, la inquieta adolescencia de una muchachita como ella, y su dorada juventud, cuando por fin había llegado a ser mujer. Incluso recordaba mil detalles y mil anécdotas que le habían demostrado, multitud de veces, que el profesor Richter había sido, a la par que su padre, un compañero ideal, un amigo siempre fiel y un excelente camarada.

No: Ada Richter no podía olvidar todo esto.

Hay cosas que quedan para siempre impresas en el alma humana. Aunque más tarde sucedan cosas horribles. Tan terribles como lo que había pasado en el hogar de los Richter.

Por eso estaba allí. Y, además, porque al enterarse que su padre sería deportado al planeta Plutón, tuvo la certera convicción de que jamás volvería a verle.

La certeza de que le perdía para siempre...

Hacía casi exactamente 280 años que el último y el más apartado planeta del Sistema Solar, el más frío, inhóspito y el más lejano, estaba dedicado exclusivamente para albergar a toda la hez de las colonias humanas que habitaban los otros planetas. La misma Tierra se sacudía toda aquella basura de inadaptados, incapaces de convivir con sus semejantes acatando las leyes preestablecidas.

Y si hacía ya muchos siglos que las sociedades humanas habían borrado de sus códigos la pena de muerte, no por eso dejaban de necesitar un vertedero, una especie de sumidero lejano en donde arrojar la escoria y las miasmas que pudieran entorpecer el óptimo desarrollo de la civilización.

Ya hacía mucho tiempo que sesudos legisladores llegaron a la convicción de que ningún ser humano tenía derecho, bajo ningún concepto, a segar la vida de un semejante.

¡Por más horrendos que fueran sus delitos!

Pero esa misma legislación advertía que la sociedad tenía su legítimo derecho a defenderse, y por eso sellegó a una solución intermedia que favorecía a ambas partes: enviar a todo reo de muerte al lejano planeta Plutón.

De esta forma no se les mataba, se les respetaba la vida; pero se les apartaba, se les expulsaba para siempre de la sociedad en la que no habían sabido vivir y a la que nunca jamás volverían.

Bien mirado, en el fondo esto era crear un mundo para los criminales, para los tarados moralmente, para los asesinos. Pero un mundo aparte, distanciado de la Tierra nada menos que cinco mil novecientos millones de kilómetros, al que las más veloces naves espaciales tardaban en llegar seis meses y del cual ninguno de los sentenciados podía salir.

Sus guardianes se cuidaban de esto, trasladándoles el llamado Continente Verde situado en el sur de Plutón, de donde era prácticamente imposible escapar. Una exuberante y espera vegetación intensamente verde, rodeaba todo aquel continente plutoniano, de una extensión similar al continente africano de la Tierra, separado de la parte norte por el llamado Mar de las Tormentas, de agua dulce y en gran parte en constante ebullición, por los muchos volcanes submarinos que estaban terminando la configuración de aquel mundo remoto.

Un mundo ignoto, lleno de contrastes y cataclismos, en donde las temperaturas variaban a capricho del fuego interno que devoraba sus entrañas, capaz de convertir su corteza roqueña en un infierno de lava, o bien en un páramo helado con temperaturas tan extremas como los 1.210 grados bajo cero.

No era para menos: tan enorme distancia del Astro Rey y tardando 248 años y 254,5 días terrestres en describir una revolución alrededor del Sol, los forzados habitantes de Plutón podían sentirse agradecidos del fuego interno del planeta, ya que sólo esto les permitía compensar la pequeña cantidad de radiaciones solares que recibían, siempre con la medida terrestre, en 0,0006 unidades.

Otra cosa era la parte norte de Plutón, en donde la ciencia y la técnica moderna de los primeros pioneros había ido creando unas condiciones óptimas para el normal desarrollo de la vida humana.

Pero en la parte norte sólo vivían los guardianes de los deportados plutonianos, con apenas un par de miles de científicos y técnicos en toda la amplia gama del saber, como esforzados adelantados de la última y nueva frontera que necesitaba conquistar el hombre para lanzarse, desde los confines de su Sistema Solar, al hiperespacio exterior en busca de nuevos mundos.

¡Hacia las estrellas!

Sueño dorado contenido sólo por las enormes dificultades que aún se debían vencer, dado que Plutón no estaba en condiciones de servir de ideal plataforma de lanzamiento, para las nuevas conquistas siderales.

Pero la ya larga historia del género humano indica que, tarde o temprano, siempre ha conseguido realizar sus sueños. Sueños materializados en prometedoras realidades, si no pierde de vista el factor más importante.

El tiempo.

Tiempo para soñar. Tiempo para trabajar después. Tiempo para crear, por último.

Y cualquier estudioso del año 2.300 podía averiguar que el planeta Plutón fue soñado primeramente, cuando unos años antes del 31 de enero de 1930 en que fue fotografiado por primera vez por el joven astrónomo Cyde W. Tombaugh, su profesor y maestro Lowell le indicó la situación hacia donde debía buscar al planeta, simplemente basándose en sus cálculos astronómicos.

¿No fue eso soñar?

Los sueños se hicieron una realidad aquel 31 de enero del año 1930, cuando con su placa fotográfica del observatorio de Flagstaff, pudo demostrar que su fallecido maestro no se había equivocado en sus predicciones y cálculos celestes, que alteraban las órbitas de los otros planetas del Sistema Solar.

Tras las ensoñaciones de Lowell y el trabajo de Cyde W. Tombaugh vino el crear las condiciones técnicas para establecer una base terrestre en el lejano planeta. Pero eso apenas hacía 200 años que se había logrado.

Poco tiempo para la próxima meta: saltar al hiperespacio exterior.

Pero se adelantaba: cada jornada era un jalón ganado y cada expedición de deportados contribuía a hacer de Plutón un mundo más habitable.

Y, ante esta meta, ante este nuevo empeño colectivo, ¿qué importaba que los primeros habitantes de Plutón fueran criminales y asesinos?

Alguien lo dijo: el fin justifica los medios. ¿O no? Y tales medios eran, a la par, el inmenso lujo de sentirse «generosos» perdonándoles la vida a los que, según las leyes anteriores, estaban destinados a morir.

Por otra parte, había múltiples ejemplos en la Historia. Hacía siglos, muchos siglos ya, los ingleses habían empleado los mismos métodos para colonizar Australia. Y ahora ese continente era uno de los más florecientes de la Tierra, con un alto nivel de prosperidad y bienestar. Sí: un auténtico paraíso terrestre. Los barcos ingleses de la época victoriana también tardaban seis meses de larga navegación

para llegar a sus colonias australianas. Tampoco pudieron vigilar, como hubiesen querido, los progresos de las pequeñas comunidades de los indeseables deportados enviados allí.

La Historia decía que fue preciso vencer muchas dificultades y que brotaron no pocos conflictos, cuyos resultados muchas veces fueron violentos y desalentadores. Lo mismo les ocurrió a los zares rusos en su helada y remota Siberia. Sin embargo, lo mismo que Australia, aquel continente helado también prosperó con el tiempo.

¿Por qué en Plutón no podía suceder lo mismo?

Sólo había una diferencia: Plutón era un mundo aparte, muchísimo más distante y enormemente costoso cuidar y vigilar. Pero en el fondo todo se reducía a la misma ecuación.

¡Tiempo!

Sí: con el tiempo también se conseguiría llevar la civilización a los mismos confines del Sistema Solar.

En todo caso, era un reto.

CAPITULO II

Ada Richter dejó de pensar, al oír unos pasos a sus espaldas. Dejó de contemplar las azules aguas de la bahía y prestó atención a quien se acercaba.

Era un hombre alto, de unos treinta años y tez morena, con cabellos castaños y rebeldes que caían en parte por su ancha frente y que avanzaba contemplándola con una chispita de malicia admirativa en sus inteligentes ojos. Vestía el uniforme de las Fuerzas Astronáuticas y su voz sonó marcadamente varonil al indagar:

—¿Es usted la señorita Richter?

—Sí, capitán. Ada Richter, la hija de...

Con un gesto amistoso de la mano, el hombre fue lo bastante galante como para ahorrarle tener que decir el nombre de su padre:

—Lo sé. El general MacGland me dijo que la encontraría aquí. Particularmente opino que no debió venir, pero...

El capitán Roy Hitman agitó unos papeles que llevaba en la otra mano y la muchacha rubia informó:

—Tom MacGland fue amigo de mi padre; me dio permiso para verle partir desde aquí. Sé que las órdenes son estrictas, pero...

Vio al militar menear la cabeza dudosamente y añadió, con cierta vehemencia en la voz:

—Le prometo que no haré ninguna escena. Nada se alterará. Mi padre no sabrá que le veo subir a la nave, capitán.

—No es eso, señorita. Es que se ha adelantado usted tres días. Hasta el jueves no embarcarán.

—Esperaré; alquilaré una habitación en un hotel de Yellowknife.

Y luego, como excusándose por su precipitación en llegar, añadió:

—Me dijeron que hoy llegarían a la Base, capitán.

—Y así es, señorita Richter. Pero no para partir rumbo a Plutón;

antes es preciso hacer varias cosas. Por eso los van concentrando aquí.

La muchacha pareció alterarse al indagar, ansiosa:

—¿Qué tienen que hacerles, capitán?

Roy Hitman dudó antes de preguntar a su vez, extrañado:

—¿No lo sabe...?

—No, capitán.

—Bueno, pues... Antes... antes —hizo una pausa proponiendo—. ¿No desea una taza de café? Le aseguro que en el pabellón de oficiales lo hacen muy cargado y...

—No necesito beber nada, capitán. Sólo deseo saber qué hacen con los deportados, antes de que emprendan el viaje.

—¡Está bien! Antes tienen que pasar por la cámara de hibernación.

Ada Richter abrió la boca para decir algo, pero permaneció así en silencio, mirando fijamente al militar antes de poder balbucear:

—¿Quiere decir que los... los... duermen?

—Así viajan en mejores condiciones, señorita. Resulta mucho más cómodo para ellos y también...

—Termine, capitán.

—Bueno... También mucho más económico. ¿Comprende?

—Perfectamente, capitán. El Gobierno quiere ahorrar- se los alimentos que pueden consumir durante el largo viaje, ¿verdad?

—¡Son seis meses, señorita Richter!

—¡Es horrible! Encuentro esa medida monstruosa.

—¿Por qué? Repito que es mucho más cómodo para ellos. ¿Sabe usted lo que significa estar metido, durante meses y meses, en esas astronaves?

Con cierta altanería que era en el fondo un desahogo de su enfado, la muchacha rubia respondió:

—Espero no tener que averiguarlo nunca. Sobre todo, para ir a ese infierno adonde envían a mi padre.

—Y yo supongo que no va a discutir ahora la sentencia que recayó sobre él. De sobra sabe lo que hizo su padre y...

—No hace falta que me lo recuerde, capitán. ¡Nadie mejor que yo sabe lo que pasó en mi casa!

—Perdone, pero... Su padre no merece mejor suerte que otros tantos. A fin de cuentas allí podrá seguir viviendo y trabajar.

—¿Llama vivir a ser trasladado a Plutón, capitán?

—Le aseguro que no es tan duro como muchos sospechan. Hoy en día se están creando buenas condiciones de vida allí.

—No se esfuerce. Todos ignoramos lo que pasa en Plutón y cuáles son sus condiciones de vida.

—Periódicamente recibimos informes, señorita. El coronel Himmer...

—Conozco al coronel Himmer, capitán. Le he visto abajo, al llegar —hizo una pausa y añadió la muchacha—. ¿Se ha fijado en su cara?

—¿Se refiere al color de su piel?

—Me refiero a eso y a sus facciones... ¡Parece un monstruo!

Roy Hitman sonrió con ganas:

—Bueno, señorita. Tenga en cuenta que el coronel Himmer lleva veinte años destinado en Plutón. La mitad de ese tiempo lo ha pasado viajando por el espacio. Las aceleraciones de las naves y ciertas condiciones de esos largos viajes, hacen que el color de la piel y las facciones se alteren un poco.

—No comprendo cómo hay hombres que les gusta el oficio de verdugos.

—El coronel Himmer no es ningún verdugo, señorita Ritcher. Simplemente es el que manda la escolta de los deportados.

Desde la alta torre de control de la Base, Ada Richter señaló a las rampas de lanzamiento, preguntando:

—¿Los llevan en aquellas naves, capitán?

—Sí. Están perfectamente acondicionadas. Tienen sus hileras de nichos transparentes y en ellas...

Bruscamente se interrumpió, al sentir la mirada fija de aquellos ojos grandes y azules taladrándole. Por eso se excusó:

—Quizá no debí informarla de esos detalles.

—Dijo«nichos»,capitán. ,

—Bien: llámelos «camas», si lo prefiere. Ya le dijeque viajan en un perfecto estado de hibernación, que les ahorra muchas molestias.

—Y por lo que calculo, a los hombres de la escolta del coronel Himmer, también les ahorra eso mucho trabajo.

—De otra forma, resultaría muy engorroso trasladar de una vez a cinco mil deportados en un solo viaje, señorita.

—¿Los llevan a su punto de destino en Plutón, también en esas condiciones, capitán?

—Así es, señorita. Sólo unos días después, vuelven a recuperar sus funciones normales.

La muchacha volvía á alterarse y el militar indagó, en su afán de calmarla

—¿Sabe usted lo que es la hibernación, señorita?

—Tengo una idea. Algo así como cuando cierta clase de animales se adormecen durante el invierno en las largasnochespolares. ¿No, capitán?

—Muy parecido. Es un procedimiento terapéutico consistente en la refrigeración de la temperatura del cuerpo humano, que incluso se utiliza para la curación de ciertas enfermedades. En cirugía también se usa, para facilitar ciertas operaciones, aprovechando el estado de sopor artificialmente creado.

—¿Y luego se recuperan totalmente?

—Así es, señorita.

—Pero, no sé, capitán... Es como si emprendieran ese viaje al

infierno...¡Ya estando muertos!

—Tiempo atrás, todos esos condenados habrían ido a parar a la cámara de gas, señorita Richter. Ahora se les da la oportunidad de seguir viviendo.

—Repito lo de antes, capitán: no creo que puedan llamarse vivir al estar allí. Lejos de todo, tan distante, tan abandonados y tan...

—Van construyendo su mundo. En el fondo, de ellos y su comportamiento dependerá, en gran medida, la clase de existencia que lleven allí.

Ada Richter tuvo la necesidad otra vez de secar sus lágrimas. Y con un hilo de voz exclamó:

—¡Pobre padre! Yo sigo pensando que debió volverse loco. De otra forma...

—Recuerdo el caso de su padre, señorita Richter. Lo leí en la Prensa y confieso que también me pareció raro. Sin embargo, también recuerdo que los dictámenes médicos dijeron que...

—¿Qué saben esos psiquiatras? ¡Mi padre siempre fue un hombre excelente! Jamás le vi montar en cólera. Recuerdo que en casa teníamos un gato que...

Algo zumbó en la torre de control y ambos volvieron la cabeza hacia el extremo opuesto. Allí un hombre manipulaba un tablero de mandos, encarado con la pantalla de un visófono sobre la que se reflejó el rostro de otro militar. Y al poco, la voz también llegó nítidamente ordenando:

—¡Control! Establezcan los circuitos. ¡Que todas las armas apunten hacia la pista número tres! ¡Número tres, repito!

El hombre del tablero accionó una clavija, contestando:

—¡Orden cumplida! La computadora se hace cargo de la vigilancia... Ángulo de tiro, 3, 4, 9 x 2, sobre la pista número tres.

El rostro de la pantalla aprobó:

—Bien: están a punto de llegar los camiones. Marcharán en columna de a ocho, directamente hacia el laboratorio de hibernación.

Ada Richter pareció olvidarse del joven capitán y miró al otro

militar que estaba ante el tablero de mandos. Las órdenes seguían cursándose y ansiosamente procuró orientarse, hasta que como a cosa de tres millas distinguió unos vehículos que empezaban a entrar en la pista número tres. Al poco aquellos vehículos empezaron a vomitar hombres y más hombres.

Los deportados a Plutón...

También alcanzó a distinguir la alta y enérgica figura del coronel Himmer, localizándole por el color de su uniforme verdoso, dando órdenes a sus hombres. Sus voces no llegaban hasta la alta torre de control, pero casi se adivinaba lo que decía por los movimientos de aquellos rígidos soldados, que obligaban a los prisioneros a formar una fila interminable, que empezó a avanzar rítmicamente por la pista número tres.

Como un dócil rebaño: aunque fuese un rebaño de hombres...

Ante aquel espectáculo, Ada Richter empezó a temblar. Le faltaban las fuerzas, pero dio un grito cuando presenció lo que estaba ocurriendo a cuatrocientos metros más abajo.

La formación de los prisioneros se descompuso, inesperadamente se quebró, y gritando todos como locos se lanzaron furiosamente contra los soldados.

CAPITULO III

Los timbres empezaron a sonar en la torre de control, encendiéndose muchas lucecitas en el tablero de mandos. Todo empezó a funcionar sincronizadamente, de forma automática, transmitiendo las órdenes al cerebro electrónico a los distintos mecanismos.

Balas trazadoras que parecían mosquitos encendidos, empezaron a brotar de varios ángulos. Balas que buscaban los cuerpos de los amotinados prisioneros, que intentaban una desesperada huida en todas direcciones.

Y, por algún extraño mecanismo, aquellas balas respetaban los uniformes verdosos de los soldados que mandaba el enérgico coronel Himmer, esforzándose todos para evitar la evasión.

En pocos minutos, varios centenares de aquellos amotinados cayeron como reses enloquecidas, empezando a convertir la pista número tres del astródromo de Yelowknife en un río de sangre. Ada Richter fue incapaz de resistir aquella escena dantesca y el capitán Roy Hitman sintió que todo el peso de la muchacha gravitaba en sus brazos. Fue cuando gritó al militar que segura ante el visófono y el tablero de mandos:

—¡Basta ya, Frank! ¡Desconecta eso!

—Son órdenes, capitán —protestó el hombre.

—¡Pero no podéis matarlos así!

Corrió hacia el tablero de mandos y accionó la clavija, escuchando que Frank Cooper gritaba:

—¡No lo haga, capitán! ¡Destrozarán a los soldados! ¿No ve cómo les atacan como fieras?

Furiosamente, Roy Hitman siguió pulsando botones y clavijas, cambiando las mortíferas balas trazadoras por finos dardos que empezaron a surgir desde mil ángulos de tiro. A través del monitor de la pantalla vio que los sublevados prisioneros seguían cayendo como barridos por un huracán, pero interiormente se sintió más tranquilo. Sabía que eran dardos adormecedores, imantados con los uniformes

pardos que llevaban los rebeldes deportados.

Ningún soldado con uniforme verdoso del coronel Himmer sufría el menor daño. El sargento Frank Cooper miró al capitán Roy Hitman al preguntar:

—¿Cree que con eso bastará, señor?

—Eso espero, Frank. Ellos ignoran que sus compañeros van cayendo adormecidos nada más. Los creen muertos y cuando vean que siguen cayendo como moscas, se someterán.

Al poco, un movimiento medroso de aquella masa de hombres le dijo que había acertado. Por eso exclamó jubiloso:

—¡Lo hemos conseguido, Frank! ¡Míralos! ¡Ya vuelven a la formación!

Así era; pero ahora la formación de prisioneros no llegaría a los cuatro mil. En pocos minutos, habían visto caer como fulminados por un rayo, a muchos de sus compañeros y eso les aconsejó volver a obedecer a los soldados del coronel Himmer.

Las sirenas, los timbres de alarma y la infernal algarabía fue cesando, permitiendo que por los altavoces alguien ordenase:

—¡Ya es bastante, coronel Himmer!

El enérgico militar que gesticulaba en la pista número tres dejó de disparar, enfundado su arma una vez restablecido el control por sus hombres, a los que ordenó:

—¡Variación izquierda!

De ocho en ocho, mirando torvamente a los compañeros caídos, la fila de los sentenciados varió su marcha oblicuamente, volviendo a gritar el coronel Himmer:

—¡Media vuelta! ¡A los camiones otra vez!

Como autómatas, aquellos hombres que minutos antes habían atacado a sus guardianes, giraron sobre ellos mismos y la larga columna serpenteó hacia el extremo de la pista, para regresar al punto desde donde habían partido.

Quizá, en el pecho de algunos de aquellos criminales alentaría el orgullo y la esperanza. De momento, su deportación al temido término

de su largo viaje se había suspendido. Eran hombres y seguían en la Tierra: el planeta que les había visto nacer.

¿Por qué no tener esperanzas? Posiblemente ya no les trasladarían al planeta Plutón.

Poco después, con su gran cabeza totalmente calva, sin cejas, sin pestañas y sin rastro de pelo en su violáceorostrodelgadooyanguloso,elcoronelHimmerse quitó los guantes de fina piel negra y pidió a uno de sus oficiales:

—Tráigame otro uniforme. ¡Este apesta a sangre de asesinos!

El anciano general Tom MacGland, jefe ingeniero de la Base de Yellowknife, indicó una puerta lateral de su amplio despacho y ofreció:

—Podrá cambiarse allí, coronel: es el cuarto de baño.

—Gracias, mi general; pero antes me gustaría saber quién cambió las balas trazadoras, por esos dardos adormecedores.

—Fue mi ayudante, coronel Himmer. El capitán Hitman.

—Bien, señor: supongo que se habrá ganado un buen arresto.

Tom MacGland, desde la altura de la comprensión de sus setenta años, quiso saber:

—¿Por qué, coronel? Yo opino lo contrario. Es lo que debió hacerse primero.

—No voy a discutir con usted, general MacGland. Usted manda en la Base, pero yo en mis hombres. Y esa medida tan «pacificadora» de su querido ayudante ha hecho que cinco soldados míos murieran a manos de esos rebeldes.

—Le diré, coronel. A usted y a sus hombres les corresponde la mitad de la responsabilidad de lo que hoy ocurrió aquí.

—¿Por qué?

—Nunca debieron permitir que les desbordaran.

—¿Podíamos saber que estaban confabulados para intentar la evasión?

—No... No podían saberlo. ¡Pero siempre deben estar prevenidos!

—Jamás nos ocurrió una cosa igual.

—Las cosas pasan, cuando menos lo espera uno, coronel Himmer. Pero tranquilícese. Le he dicho que la mitad de la culpa es nuestra.

El anciano general meneó la cabeza al añadir:

—¿Me cree si le digo que me pesará en la conciencia la muerte de todos esos desgraciados?

—¡Muy sentimental! Pero no ignora que todos son criminales. ¡Gente de la peor ralea!

—Lo sé... ¡Lo sé! Todos ellos fueron juzgados y sentenciados, justamente. Pero, desde hoy, le digo que, en caso de cualquier motín, usaremos nuevamente los dardos adormecedores en vez de las balas trazadoras.

—Es un riesgo, general MacGland. Si corre la voz entre esos condenados, ¡se envalentonarán!

—Procuraremos que no trascienda fuera de la Base. Ellos deben seguir creyendo que esos dardos también matan.

Malhumorado, mirando con asco a su manchado uniforme, Otto Himmer refunfuñó:

—Lo que es cierto es que tendremos que aplazar la conducción. Con los efectos adormecedores de esos dardos, no pueden ser sometidos a la hibernación.

—Lo siento, Himmer. Parece absurdo, pero son cosas de la Ciencia. Tratamientos que se contraponen a otros.

—Más lo siento yo, general MacGland. El viaje tendrá que retrasarse mucho. El paso de Plutón por el perihelio no vuelve a coincidir hasta el primero de setiembre.

El anciano general sonrió débilmente, preguntando:

—¿Qué le pasa, Himmer? ¿No le gusta estar en la Tierra y descansar unos días?

—Tenemos mucho que hacer allí, señor. Me gusta mi trabajo y quiero cumplirlo siempre puntualmente.

—Unos días de reposo no le vendrán mal a usted y sus hombres.

—Eso relaja la disciplina, señor. En otros viajes ya les dije que allí todo es distinto. ¡Hay que mantenerse siempre firmes en el puesto!

—Usted siempre se mantiene firme, querido Himmer. A veces pienso que la casta de hombres como usted ha desaparecido y...

—Desgraciadamente, general MacGland.

El oficial que había ido a buscar otro uniforme para su jefe entró y, al fijarse el viejo general MacGland en su rostro oliváceo, preguntó:

—¿Qué tiempo lleva usted de servicio en Plutón, muchacho?

Antes de responder, el joven oficial miró a Otto Himmer, como pidiéndole permiso a su jefe para contestar. Pero lo hizo con resolución al informar:

—Tres años y medio, mi general. Exactamente siete viajes.

Tom MacGland volvió a mirarle bondadoso y exclamó:

—¡Mucho es eso, muchacho! Ya habrás recorrido unos 41.300 millones de kilómetros, ¿no?

—Algo más, mi general... Allí también efectuamos viajes de inspección al Continente Verde.

—¿No te gustaría el relevo?

—No, señor. ¡Me gusta mi tarea!

Se le notaba molesto, como si deseara salir del despacho para no tener que seguir hablando con el anciano jefe de la Base, al que parecía mirar un tanto condescendentemente, pese a su poca edad. El general Mac-Gland así lo comprendió diciendo:

—Puedes retirarte, muchacho.

Mientras el joven oficial salía, a su espalda la voz enérgica del coronel Otto Himmer le sacó de sus reflexiones al oírle decir:

—Con su permiso, voy a utilizar su cuarto de baño, mi general.

—Hágalo, coronel Himmer... Y dúchese si le apetece. Mientras, examinaré sus informes. ¡Y sé que eso lleva mucho tiempo, amigo

mío! Siempre se muestra en ellos tan meticuloso, sin olvidar un detalle...

Le vio avanzar con el nuevo uniforme sobre el brazo y el anciano general añadió, no sin cierto acento burlón en la voz:

—Dígame, Himmer... ¿No siente usted nunca alguna debilidad?

El rígido militar se volvió, ya junto a la puerta del cuarto de baño:

—No comprendo, señor...

—Me refiero a que si no le domina a usted algo. Algún pequeño vicio, por ejemplo, alguna inclinación, o algo por lo cual usted...

—No, mi general. Para mí, las debilidades humanas son errores y degradan al hombre.

—Está bien, coronel... ¡Está bien! Pero al menos le gustará una buena cena, ¿no?

—Soy muy frugal en mis comidas, señor.

—De todas formas, hoy, cenará conmigo y unos amigos. Tenemos que darle una buena noticia.

CAPITULO IV

Al salir del ascensor automático que les trasladó a la planta baja, Ada Richter dijo al hombre que la había atendido en su desmayo:

—Están ustedes muy bien instalados, capitán. Más que una Base Militar, todo esto parece un lujoso hotel.

—Si la técnica y la ciencia se aúnan para proporcionar comodidades a todo el mundo, ¿por qué los militares teníamos que ser una excepción?

—Por supuesto, capitán. Pero, realmente, he quedado maravillada.

—Quedaron atrás los tiempos en que los cuarteles eran feas colmenas, con celdas como nichos para los soldados. En el fondo, la Base de Yelowknife es una gran ciudad. Muchos oficiales están aquí instalados, con sus esposas y sus hijos.

Sin saber ciertamente por qué, la muchacha rubia se encontró preguntándole:

—¿Usted también, capitán?

—No... Yo soy soltero..., aún.

Avanzaban por un amplio vestíbulo hacia el fondo donde estaba instalado el bar y el hombre preguntó, para tratar de cosas menos personales:

—¿Le apetece algo, señorita Richter?

—Me apetece que no use conmigo tanta ceremonia. Puede llamarme Ada, si quiere.

—¡Encantado, Ada! Mi nombre es Roy.

—Roy Hitman —corrigió ella—. Ayudante del general Tom MacGland.

Hizo una pausa para devolver al hombre la sonrisa de asombro que él la dirigía y la mujer siguió:

—...Treinta años, soltero, ingeniero astronáutico, vive en el

pabellón 16 y fue campeón olímpico de gimnasia la temporada pasada. ¿No es eso?

—¡Caramba! Veo que está usted muy bien informada. ¿Miró mi ficha personal?

—No... Su jefe me habló mucho de usted. ¿No sabe que mi padre y el general MacGland fueron muy buenos amigos hasta que...?

—Sí... —le atajó él, para que la muchacha no se sintiera más molesta al tener que hablar de su padre.

—Vino a verme su jefe, cuando se enteró que tuve aquel desmayo allá arriba. Estuvimos hablando y me tranquilizó: sé que mi padre no está en la lista de esos pobres diablos que murieron cuando...

Roy Hitman consideró oportuno volver a atajar: —
Nodebeconsiderarlos«pobreshombres».Todos ellos son asesinos, Ada. ¿Comprende? Gente indeseable que tiempo atrás habría sido condenada a morir. Actualmente se les da esa oportunidad y...

—Ya me dijo eso, capitán. Pero no puedo por menos que identificarlos con mi padre... ¡Y eso me duele!

—Es posible que el caso de tu padre sea algo especial, Ada.

Mientras el camarero del bar servía unos refrescos, la muchacha musitó:

—De todas formas, le agradezco que terminase usted, con aquella carnicería. Una de aquellas balas trazadoras habría podido alcanzar a mi...

—No tiene importancia. Creí conveniente hacerlo, bajo mi responsabilidad y el general MacGland me felicitó luego por ello. En el fondo, de lo que se trata es de que ninguno escape, cuando son trasladados al laboratorio de hibernación. Aunque comprenda que es preciso tomar medidas. ¡Ya vio lo que hicieron con algunos de los soldados del coronel Himmer!

—También le agradezco que ordenase que me instalasen en esa habitación.

—Agradézcaselo al general MacGland; fue él quien dio la autorización.

Roy Hitman apuró su vaso y, deseando quitar solemnidad a la conversación, recorrió admirativamente la silueta femenina sentada en el taburete frente a él, manifestando:

—Por cierto... ¿Sabe que pesa usted más de lo que a simple vista parece?

Ada Richter sonrió levemente al decir: —Lo siento: últimamente estoy engordando. —¡Oh, no! ¡No lo sienta! Así está estupen... Bueno: quiero decir que...

—Muy galante, capitán.

—Pura justicia, Ada... ¡Pura justicia! De veras que es usted una mujer muy bonita.

—¡Por favor, capitán! Conseguiré ruborizarme.

—Lo que hace falta es que ya se encuentre bien.

—Perfectamente: me dieron un somnífero y he podido descansar. No sé lo que me pasó cuando vi aquella escena. La cabeza empezó a darme vueltas y...

—Olvídelo. ¿Otro refresco?

—No, gracias.

Nerviosamente, Roy Hitman miró a su reloj y dijo:

—Tendrá que perdonarme, Ada. El general MacGland me invitó esta noche a cenar y debo ir a su casa.

Para sorpresa del joven militar, la muchacha rubia también saltó del taburete anunciándole:

—Me temo que no se librará tan fácilmente de mí, Roy. ¡Yo también estoy invitada a esa cena!

—¿Usted?

—Sí, la señora MacGland es una ancianita que me ha sostenido en sus rodillas cuando yo era una niña.

—¡La envidio! Bueno... quise decir que...

Ada Richter fingió no oír el deseo del hombre y anunció:

—Me pidió que fuera a ayudarla a preparar la cena. Creo que el general tiene más invitados.

—Pues andando. Vive en la parte sur de la Base, donde están los *bungalows* de los jefes.

Ya en el exterior, bajo las brillantes estrellas, la muchacha recordó:

—Lo malo es que me hicieron dejar mi coche a dos millas de aquí.

—No se preocupe; usaremos el mío.

Y mientras caminaban hacia los hangares, con cierto orgullo Roy Hitman añadió:

—Es un último modelo. ¡Un «X-1.000»!

Minutos después, Ada Richter comprobó por qué el capitán Roy Hitman se sentía tan satisfecho con su vehículo. Carecía de ruedas y se deslizaba a dos palmos del suelo, sobre un colchón neumático de aire, propulsado por un silencioso motor de baterías atómicas, que le permitían alcanzar velocidades de dos mil millas a la hora.

Pero lo más extraordinario de aquel vehículo era que podía elevarse hasta una altura de mil metros y su conductor dijo:

—Ajústese el cinturón, Ada. Cortaremos la Base diagonalmente y así ganaremos tiempo.

La muchacha rubia obedeció y, al empezar a elevarse sobre la pista número tres, preguntó al recordar:

—Fue ahí, ¿verdad, Roy?

—Sí; pero le dije que no recuerde más eso.

La cena fue excelente y al fin, la esposa del general MacGland y la de otro coronel destinado en la Base, se levantaron acompañados de la señorita Ada Richter, despidiéndose de los hombres.

El anciano general también se levantó, y al hacer los honores a sus invitados les rogó:

—¿No desean tomar algún licor en esta salita? Estaremos más cómodos y escucharemos mejor al profesor Feinberg.

Adolf Feinberg, hombre canoso que ya había cumplido los sesenta

años, sonrió modestamente mientras todos se trasladaban a la vecina habitación, diciendo:

—Bueno: en realidad es poco lo que puedo decir. Sólo estamos en la fase experimental de nuestro proyecto.

—¡Tu proyecto, Adolf...! ¡Tu proyecto! —le rectificó el dueño de la casa—. Yo hice bien poco.

—¿Poco? —le rectificó a su vez el amigo—. Sin tu ayuda no podríamos llevarlo a la práctica.

Se dirigió a otros que ya estaban cómodamente sentados al decir:

—Tom siempre ha sido tan soñador como yo y por eso puso los talleres de la Base a mi disposición. Y si yo he aportado las teorías, él, como excelente ingeniero astronáutico, ha podido crear un prototipo de mi Rayo de Luz.

Dam Rassy, general encargado de la Administración de la Base militar de Yellowknife, sonrió asombrado:

—Rayo de Luz...? Ignoraba que le hubieran bautizado así.

Roy Hitman observó que el coronel Otto Himmer se movía inquieto en su sillón al preguntar:

—Caballeros... ¿Puedo saber de qué están hablando?

—Perdone, Himmer —se excusó el dueño de la casa—. Olvidábamos que usted y los señores Lhoman y Sherry nada saben de nuestro proyecto.

Ted Lhoman intervino a su vez, alzando la mano sonriente pero adivinándose por sus palabras un tono de censura, que se esforzó en aparentar festivo:

—Cosa que me extraña, general MacGland. Porque sabe que, como representante de la Tesorería del Estado, no debo permitir que se hagan gastos en una Base militar como ésta, sin el permiso de...

—Perdone usted, señor Lhoman —le atajó el profesor Adolf Feinberg—. Hasta ahora, los gastos de los experimentos han sido por cuenta nuestra.

—¿De veras, profesor? ¿Y qué me dice de haber empleado una base militar para esos ensayos? Los talleres, los materiales, las

herramientas...

—Eso se hizo bajo mi responsabilidad, señor Lhoman —aclaró el general MacGland.

Habrían hablado más sobre los gastos y todo eso, de no insistir el coronel Otto Himmer:

—Bien... ¿Van a hablar de finanzas, o de ese Rayo de Luz?

CAPITULO V

El dueño de la casa miró a su amigo y solicitó, siempre amable:

—Tienes la palabra, Adolf. ¡Están impacientes!

—Bueno... Todo empezó tras unos experimentos en la Universidad de Princeton, donde el gran sabio Albert Einstein dio lecciones de física nuclear, hace ahora ya más de tres siglos.

Tras breve pausa, viendo que nadie objetaba nada, prosiguió:

—Experimentos que tienen como punto de partida la Teoría de la Relatividad.

Al llegar aquí, el general MacGland intervino señalando a su amigo:

—Se trata de que el profesor Feinberg se propone demostrar la posible existencia de unas partículas calificadas de superluminosas, puesto que él cree que se desplazan a una velocidad superior a la de la luz.

Con su tono un tanto seco de censor, Ted Lhoman indagó mirando a unos y otros:

—¿Refutación de Albert Einstein ahora, señores?

—No exactamente, señor Lhoman —replicó con prontitud el profesor Feinberg—. El gran físico afirmó, en su famosa Teoría de la Relatividad, que la velocidad máxima que cualquier partícula material puede alcanzar es la de 300.000 kilómetros por segundo; o sea, la velocidad de la luz.

—¿Y no dice usted que cree en la existencia de otras partículas superluminosas, profesor? —volvió a objetar el delegado del Departamento de la Tesorería.

Pero Adolf Feinberg no contestó directamente a su pregunta, rogando:

—Si me permiten, desarrollaré mi propia teoría...

Hubo un general asentimiento de cabezas y el sabio profesor

añadió:

—Esta velocidad-límite es la de algunos de los llamados fotones, mientras que la mayoría de las partículas son mucho más lentas. Pero yo, ¡insisto en que hay otras...! ¡Que pueden haber otras más veloces!

—Explíquese —objetó, el hasta entonces silencioso Sherry.

La nueva intervención del anciano general MacGland, era para solicitar la atención de todos, al decir:

—Aquí viene la teoría, o la hipótesis, si ustedes lo prefieren así, de mi buen amigo Adolf.

—Desde el punto de vista matemático —siguió el aludido—, un límite tiene dos aspectos: el superior y el inferior. ¿No es así? Pues bien, debido a esto, una partícula que se desplazara a velocidad menor que la de la luz, jamás superará, evidentemente, los 300.000 kilómetros por segundo.

Nueva pausa, para remachar:

—Pero también resulta evidente que una partícula que se desplazara a velocidad superior a la de la luz, nunca se movería a menor velocidad de 300.000 kilómetrospor segundo, ya que éste es el límite infranqueable, tanto para las reales partículas que conocemos, como para las hipotéticas partículas que yo digo que existen.

—¡Peregrina teoría! —musitó quedamente el serio coronel Otto Himmer.

—Pues ya ven ustedes: este sencillo razonamiento ha puesto en marcha los complicados cerebros electrónicos de la Universidad de Princeton, donde me propuse verificar si realmente existen esas partículas superluminosas, a las cuales, en unión de otro compañero que ahora no deseo nombrar, ya bautizamos.

—¿Se está usted refiriendo a ese loco asesino, profesor?

Adolf Feinberg abandonó por un instante la placidez de su mirada, para contestar al coronel Otto Himmer:

—Me he referido a un hombre que hizo mucho por la ciencia, coronel. Concretamente, ya que lo pregunta, a AlbertWeiss Richter...

La intervención del general MacGland fue conciliadora:

—¡Por favor, Adolf! Sigue.

—Bien. Les decía que Albert Weiss Richter y yo bautizamos a esas partículas superluminosas, llamándolas... «taquiones».

—¿Por qué precisamente «taquiones» —quiso saber Sherry.

—«Taquiones», por «takos», en griego, «rápido» —aclaró el profesor Feinberg.

—Y ya que han bautizado a «sus» partículas, profesor, ¿consiguieron localizar alguna de ellas?

—Confío en hacerlo, Sherry. ¡Y de una forma demostrable! Y esa esperanza de detectar los «taquiones» se basa en que posiblemente posean una carga eléctrica superior a las que hasta ahora conocemos.

Adolf Feinberg creyó adivinar en los ojos de sus oyentes algo de perplejidad y amplió, haciendo su razonamiento más claro:

—Por eso el acelerador de protones de la Universidad de Princeton ha sido puesto en marcha, a ver si capta la presencia de uno o varios «taquiones».

—Y si su esperanza resulta confirmada, ¿qué consecuencia tendrá para el mundo de la física moderna, profesor?

—Su pregunta es muy directa, coronel Himmer. Pero voy a intentar contestarla con toda franqueza.

Miró una vez más a todos los reunidos, antes de exclamar con énfasis:

—¡Inmensa, amigos míos! ¡Tendrá unas consecuencias inmensas!

Reinó una pausa, nuevamente rota por el enérgico coronel Himmer:

—¿Inmensas, en qué sentido, profesor?

—Una de ellas... en que podremos viajar a más velocidad que la luz.

—¡Eso es imposible! —estalló Ted Lhoman—. Hace más de cien años que estamos intentando inútilmente superar la velocidad de nuestras naves espaciales. Según los técnicos, hemos llegado ya al límite de aceleración en el espacio.

—¡Cierto! —remachó su compañero Sherry—. Ni aun con la aplicación de la energía nuclear en los motores, se ha podido.

—¡Porque nos hemos estancado ahí! —objetó firme mente Adolf Feinberg.

Y al ver que nadie replicaba, mirándoles a todos siguió:

—¿Nos hemos molestado en emplear la energía-luz?

Hubo un momento en que los siete hombres allí reunidos empezaron a hablar al mismo tiempo, hasta que el dueño de la casa pidió:

—Caballeros... No es momento para contrastar opiniones. Por otra parte, fíjense bien en lo que interesa. Tanto si esa partícula superluminosa del profesor Feinberg aparece o no detectada por los aceleradores de protones de la Universidad de Princeton, insisto en que lo que interesa es, me parece a mí, la actitud científica de nuestro querido amigo.

—Explíquese, general MacGland —pidió Lhoman.

—Bien. En ciencia es axiomático que todo puede suceder, a menos que una ley científica lo impida. El profesor Feinberg ha demostrado que no hay ley alguna que se oponga a la posible realidad de sus «taquiones». Y todos ustedes saben que las elucubraciones puramente teóricas del científico, tienen un paralelo en el ámbito de la nada teórica vida cotidiana.

—Por supuesto, Tom, mi procedimiento no es nuevo.

—Lo sé, Adolf; no es ésta la primera vez que un científico afirma la existencia de una realidad física, que luego es confirmada prácticamente. Sin ir más lejos, recuerden el caso de la predicción y descubrimiento del planeta Plutón.

—Eso es cierto, mi general —intervino por primera vez el capitán Roy Hitman—. A veces, en ciencia, la hipótesis más sorprendente se ve más tarde confirmada, no ya por el teórico, sino por el técnico.

—Todo eso está muy bien, señores —intervino el coronel Otto Himmer—. Pero... a mí me gustaría saber en qué aspecto este proceder a la busca de «taquiones» puede relacionarse con la vida cotidiana, con algún invento útil, posible de llevarse a término.

—¡Oh, mi querido Himmer! Usted siempre tan concreto y práctico. Tan analista, tan poco dado a dejar sueltas las alas de la imaginación.

—General MacGland, usted sabe que para mí, el único axioma es el dos y dos son cuatro.

Algo excitadamente, el delegado del Departamento de Tesorería terció, dándole la razón al coronel Himmer:

—¡Exacto! Y por la misma razón me opongo con todas mis fuerzas a que sigan gastando dinero del Gobierno en unos experimentos que...

—Señor Lhoman... Por lo general tendemos a un absurdo conservadurismo de nuestras más inmediatas realidades físicas y también mentales.

Ted Lhoman miró con severidad al profesor Feinberg, indagando:

—¿Qué quiere decir?

—Que, por lo general, lo fácil de verificar por la mente y por los sentidos se nos antoja lo único real y valedero. Y créame que esto induce a muchas lentitudes y a no pocos cómodos conservadurismos...

Irritado, el delegado del Departamento de Tesorería preguntó:

—¿Me está usted llamando conformista, profesor Feinberg?

—¡Oh, no, señor Lhoman! Simplemente, intento re batir su actitud y justificar, si desea llamarlo así, algunos pequeños gastos de taller que mi amigo el genera

MacGland me ha permitido hacer en esta Base militar.

—¡Mal hecho! Antes debieron solicitar mi permiso.

—Señor, la burocracia nos asusta, porque lo retrasa todo.

—Diga más bien que se lanzaron a una aventura.

—Es posible, pero... ¿por qué no buscar fuera de límites más aparentes que reales?

—Con toda sinceridad, le diré que resulta ridículo lanzarse a la caza de partículas superluminosas, gastando grandes cantidades" de dinero.

Ted Lhoman precisaba convencer a los asistentes y añadió, con firme convicción:

—Dinero que, por otra parte, es de los contribuyentes... ¡Y que yo, desde el puesto que ocupo, debo defender y defenderé siempre!

—¡Excelente sentido del deber, que yo admiro, señor Lhoman! Pero, precisamente por eso, ¿por qué en esta magna y tan responsable tarea de hacer más llevadera la vida de la sociedad humana, no nos hemos de atrever a buscar soluciones fuera del ámbito de los 300.000 kilómetros por segundo? ¿Puede calcular lo que eso significaría?

—¿Y usted puede decírnoslo, de una forma clara, profesor? He dicho de una forma clara, insisto. No con vaguedades científicas que, al parecer, sólo usted entiende.

—¡Sea! También lo intentaré, con ese lenguaje sencillo y vulgar que usted necesita.

Al oír la ironía, Ted Lhoman se rebulló molesto en la butaca, señalándose a su propio pecho como ofendido, y mirando a todos los reunidos al decir:

—¿Que yo preciso...? ¿Qué quiso decir? ¿Cree que soy tonto?

—Por favor, señor Lhoman; no he querido molestarle. Simplemente, nos hemos excitado todos en la conversación.

—Siga...

—Bien. Si está en el Departamento del Tesoro, sabrá más o menos lo que le cuesta al Gobierno cada viaje espacial. En este capítulo de gastos, sumas enormes se están perdiendo cada día, debido a que no hemos encontrado una energía más cómoda y, sobre todo, mucho más barata y rápida que la atómica para propulsar nuestras naves.

Adolf Feinberg señaló al rostro de color violáceo y sin un solo cabello en la cabeza del coronel Otto Himmer, deseando ponerle como ejemplo al añadir:

—¡Pero hay más! Miren a ese hombre y ya me dirán si no está en juego algo mucho más importante que el dinero. El coronel Himmer es una buena prueba de ello.

Molesto por sentirse el blanco de todas las miradas, el adusto militar indagó:

—¿A qué se refiere, profesor? ¿Dónde quiere ir a parar?

—Quiero hacer notar el valor de su vida, coronel Himmer...¡Si es que eso tiene un precio!

—Cumpló con mi deber, como cualquier otro con el suyo.

—¡Sí, coronel! Pero usted, como otros muchos de sus hombres, están quemando sus vidas en esos interminables viajes a Plutón que duran, por término medio, ¡nada menos que seis largos meses!

Algo despectivo y con cierto aire burlón que no pudo evitar, Otto Himmer se levantó para servirse un vaso de agua y comentó:

—Localice usted sus misteriosas partículas superluminosas. Consiga almacenar en un motor sus veloces «taquiones» para convertirlos en energía que impulse nuestras naves espaciales y créame... ¡Se lo agradeceré en el alma! Así los viajes serían muchísimo menos largos.

—¡Precisamente a eso voy, coronel Himmer! Y si se molestan en echar una sencilla cuenta aritmética, quedarán maravillados.

Sin poderlo evitar, ante la invitación del sabio, de los siete hombres que había allí, seis empezaron a calcular mentalmente.

La velocidad de la luz, en su grado máximo, 300.000 kilómetros por segundo. Eso multiplicado por un minuto daba 18.000.000 millones; por 60 minutos la friolera de 1.080.000.000 kilómetros recorridos. Y dado que el más lejano planeta del Sistema Solar estaba a una distancia de 5.900 millones de millones de kilómetros, el resultado era que, con una hipotética nave espacial propulsada por los «taquiones» del profesor Feinberg, se podría cubrir esa distancia con algo menos de... ¡SEIS HORAS DE VIAJE!

¡Seis horas, lo que ahora costaba seis largos meses!

Por si se habían equivocado en sus cálculos, durante medio minuto ninguno dijo nada. Pero especialista en los números por su puesto en el Departamento de la Tesorería, el primero en hablar fue Ted Lhoman:

—¡Bravo, profesor! ¿Quiere darnos a entender que en menos de seis horas una nave podría ir a los confines del Sistema Solar?

—No se moleste, señor Lhoman; pero observo que siempre se queda

corto en sus vuelos imaginativos. Deseo no sólo darles a entender eso, con todo lo que ello implica, sino...¡Mucho más! ¡MUCHÍSIMO MÁS!

—¿Más aún? ¿Cómo cuánto?

—Como para poder saltar, ¡al fin! al hiperespacio exterior... ¡Poder recorrer el Universo! ¡Trasladarnos a otros mundos! ¡A otros Sistemas Solares! ¡Acercarnos a las remotas estrellas! ¡Viajar hacia otra Vía Láctea! ¡Hacia otras Galaxias!

—¡Bah! «Aterrice» usted, querido profesor —recomendó con sorna Ted Lhoman.

Pero la sencilla broma le sentó muy mal al sabio científico. Sus ojos dados, normalmente de mirar tranquilo y bondadoso, se clavaron en el prosaico contable del Gobierno y le fulminó diciendo, mientras se levantaba:

—¡Haga chistes si quiere con estas cosas, señor Lhoman! Si ello le divierte, puede seguir burlándose... Mientras, nosotros trabajamos y descubrimos!

Y sin darse cuenta de lo que confesaba en su enfado, antes de salir de la sala dijo:

—Sí, pueden reírse todos de mí... Pero mi amigo Tom les dirá la verdad. ¡Yo he pilotado mi Rayo de Luz y he ido hasta Marte y he vuelto... EN MENOS DE MEDIA HORA!

En aquel instante, todos le tomaron por loco. Pero él se limitó a despedirse, diciendo:

—¡Buenasnoches, señores!

CAPITULO VI

Nada más salir el profesor Feinberg, todos se pusieron a hablar a la vez. El delegado de la Tesorería se encaró con el dueño de la casa, para preguntarte bruscamente:

—Si eso es cierto... ¿Cuánto llevan gastado en esos ensayos?

—No sé, señor Lhoman. En estos momentos no podríadarleunacifraexacta.

El coronel Himmer también se había levantado y, señalando a la puerta personalmente, quiso confirmar:

—¿Lo que ha dicho ese loco es cierto, general MacGland?

—¡Totalmente!

—¡Imposible!—exclamaron varias voces.

—¿No le habrá engañado a usted, haciendo con esa fantástica nave superveloz un simple viaje a pocas millas de la Tierra? —insistió Himmer.

—Adolf es incapaz de engañar a nadie, coronel. Por otra parte, el viaje estuvo controlado por la Base Tabor de Marte. Tenemos allí un amigo que estaba en el secreto.

—¿Y no se les ocurrió comunicárselo al Gobierno? —dijo Lhoman.

—Esperábamos una oportunidad para hacerlo. Tenga en cuenta que, personalmente, usted siempre negó los créditos para mis experimentos de ese tipo en esta Base.

—Pero, por lo que dicen, han obrado a espaldas de todos, general MacGland.

—Sin mala intención, señor Lhoman. Esta noche, el invitarles a cenar en mi casa, ha venido a ser como una comunicación «oficial». Le aseguro que no pensábamos mantener por más tiempo un secreto así.

Roy Hitman empezaba a sentirse irritado ante la severa actitud de aquel funcionario del Gobierno y terció, saliendo de su mutismo:

—Perdone que intervenga, señor Lhoman, pero me parece que ante una cosa así, de esa magnitud, todo lo demás viene a ser secundario.

—¡No lo es, capitán Hitman! Usted obedece a su jefe y el general MacGland debe obedecer a quien corresponda. Y en este caso, ¡yo no debía quedar al margen de unos experimentos así!

—¿Acaso habría usted aprobado los gastos? —quiso defenderse el general.

—Posiblemente no. Pero si me hubieran demostrado de lo que se trataba... yo... yo...

—Bien. Puede comprobarlo usted mismo. El Rayo de Luz está en los hangares. ¿Le apetece un «paseíto» hasta Marte? Antes de que nos sirvan más café, podemos estar de vuelta.

La proposición del anciano general era tan inusitada, tan imprevista y sorprendente, que por un instante todos guardaron silencio.

Pero al fin, el hombre llamado Sherry indagó:

—¿Quién sabe pilotar esa nave?

—Yo, señor.

Todos miraron al capitán Roy Hitman, con quien al encararse el delegado del Gobierno, dijo:

—¿Usted también estaba en el secreto, capitán?

—¡Es mi ayudante! —dijo el general MacGland, por toda respuesta.

Lhoman miró al jefe de la Base y luego a su joven ayudante, exclamando con cierta sorna:

—¡Ya! Por lo visto, unos a otros se encubrían. ¡Aquí han estado pasando muchas cosas raras!

Dejándose llevar por su fuerte temperamento, el capitán Roy Hitman estalló:

—¡Ya basta de reticencias, señor Lhoman! Nos mira usted como si fuéramos chiquillos que han cometido una travesura.

—¿Y no fue así, capitán?

—¡No! ¿Sabe cuántas horas de estudio, de trabajo, de ensayos, de investigaciones y de riesgos hemos tenido que soportar?

—Pudieron someter esos ensayos a la aprobación del Gobierno.

—¿Y cree que no lo hicimos? Pero en el Departamento de Defensa rechazaron de plano los proyectos. Tacharon al profesor Feinberg de loco visionario y usted... ¡Usted mismo acaba de hacer un chiste de mal gusto a su costa! ¿Y no recuerda que también lo rechazó?

—Concretamente no sabía de qué se trataba y, además, el informe que me presentaron venía firmado por el profesor Albert Weiss Richter. Y, por aquellas fechas... ¡A ese asesino de su esposa también se le tomaba por un loco! ¡Un ejército de psiquiatras le estaban sometiendo a mil pruebas!

—Dio la fatal casualidad de que, unas semanas antes, ocurriera aquel caso. Pero el profesor Feinberg quiso ser fiel al amigo que había investigado con él sobre la posibilidad de los «taquiones» y no borró su nombre de los informes.

Pausadamente, volviendo a servirse otro vaso de agua al rechazar el licor que le ofrecía el viejo general MacGland, el coronel Otto Himmer salió de su largo silencio apuntando con su proverbial agudeza:

—¿Por qué no dejan de discutir y enfocan el asunto como es debido?

Ted Lhoman también se encaró con él, visiblemente molesto:

—No tenemos por qué precipitarnos.

—Por lo que observo, a usted le importa más una cuestión de simple rutina que ese maravilloso logro. Le molesta que hayan olvidado un tanto su autoridad como delegado del Gobierno, y eso no le deja comprender todo el fenomenal alcance de lo que han conseguido estos hombres.

La mano del enérgico militar señalaba al general MacGland y a su joven ayudante Roy Hitman, proponiendo tras breve pausa:

—¿Qué les parece si echamos un vistazo a ese Rayo de Luz? Créame que, particularmente, estoy muy interesado en esa portentosa nave espacial.

Y abriendo la marcha, aún exclamó:

—¡Ahí es nada! Mis aburridos viajes a Plutón trasladando atodaesa escoria humana que no quieren aquí... ¡Realizado en menos de seis horas!

El coronel Otto Himmer se volvió para ver si le seguían hacia el jardincillo de la casa: observó que, si bien el general Dam Rassy, el delegado gubernamental Ted Lhoman y su acompañante Sherry lo hacían así, el viejo general MacGland y su joven ayudante Roy Hitman se rezagaban.

—¿No vienen ustedes? —les animó.

—Ahora les seguimos, coronel. Voy a despedirme de mi esposa.

—Y yo de la señorita Richter —aclaró por su parte Roy Hitman.

Les vieron salir y, entonces, fue cuando sonaron los disparos en la noche.

Roy Hitman soltó la mano de la rubia Ada Richter alarmado y miró a su jefe que estaba junto a su esposa. Por un instante, los cuatro guardaron silencio mientras los disparos seguían fuera. Y fue la muchacha rubia la que se pegó al joven capitán al indagar aterrada:

—¿Qué pasa, Roy?

El joven capitán no se entretuvo en contestar, corriendo hacia el jardincillo de la casa, y para llegar más rápido lanzóse por la ventana. Cuando aterrizó en la parte posterior del edificio, ya tenía la pistola de reglamento en la mano incorporándose para orientarse en la noche. Corrió y dobló la primera esquina y allí vio, con la pistola en la mano y medio protegiéndose tras uno de los vehículos aparcados, al coronel Otto Himmer.

Junto a él, casi a sus pies, tenía los cuerpos de los tres hombres abatidos.

Los pasos de Roy Hitman le obligaron a revolverse al coronel Himmer y, durante unos segundos el joven capitán pensó que le iba a disparar. Pero la voz del general MacGland rompió la tensión al llegar corriendo y preguntar:

—¿Qué ha pasado, coronel?

—¿Eh?

Otto Himmer volvió nuevamente la cabeza al identificar en la noche al jefe de la Base por la voz. Y al instante se puso a explicar:

—¡Han querido matarnos, general MacGland! Nos acercábamos a los vehículos, cuando...

Roy Hitman ya estaba inclinado sobre los cuerpos de Ted Lhoman, Walter Sherry y el general Dam Rassy, anunciando:

—¡Muertos!... Un certero balazo en la cabeza a cada uno.

—¡Uf! Me salvé de una buena —exclamó Otto Himmer.

Luego pareció recordar y pidió disculpas al joven:

—Perdone, capitán. Estaba algo nervioso y casi disparo contra usted. La verdad es que sentí los pasos a mi espalda y como no esperaba verle aparecer por ese lado, temí que... que...

—No tiene importancia, coronel. ¿Pudo calcular de dónde vino el ataque?

—No... ¡Todo fue tan rápido! ¿Quién podía pensar que aquí, en una Base Militar...? ¡Ha sido horrible!

El anciano Tom MacGland estaba inclinado sobre el general Dam Rassy y le cerró los párpados musitando:

—Pobre Dam... Siempre fue un excelente amigo.

De los *bungalows* vecinos ya acudía gente armada por el ruido de los disparos y el jefe de la Base ordenó a uno de los oficiales:

—Dé la alarma, teniente. ¡En la Base hay un sucio asesino, a quien le gusta disparar a traición!

Roy Hitman sintió la proximidad de la rubia Ada Richter, preguntándole con la voz alterada:

—¿Está usted bien, Roy?

—Sí, Ada; pero me temo que todos los que hemos estado reunidos en esta casa corremos peligro.

Los ojos del joven capitán tropezaron con las pupilas duras del

coronel Otto Himmer que preguntó, como jugando a adivino:

—¿Adolf Peinberg, capitán?

—¿Cómo dice, coronel?

—Que si usted también está pensando en ese sabio loco.

—¡Eso es absurdo, Himmer! —intervino el general MacGland—. ¡Le prohíbo que piense eso de mi amigo!

—Perdón, señor... Pero es lógico deducirlo así. En la reunión estuvimos usted, su ayudante, esos tres hombres y yo... ¡Y Adolf Feinberg fue el que salió primero, muy irritado!

Desde lejos, las sirenas de alarma empezaron a ulular en la noche. Potentes reflectores se encendieron, empezando a barrer con su luz el amplio perímetro de la Base Militar, mientras varios vehículos repletos de soldados marchaban de un sitio a otro.

La caza del asesino, o de los asesinos, había empezado...

Uno de los «X-1.000» último modelo descendió deslizándose sobre su colchón neumático, bajando de él el oficial de servicio que, al instante, se cuadró ante el jefe de la Base:

—Hemos empezado a registrarlo todo, señor.

—Bien, capitán... Ordene a sus hombres que no quede ni una pulgada de terreno sin examinar. ¡Quiero al canalla que hizo esto!

—Ya vienela ambulancia, migeneral.

Tom MacGland se apoyó en su anciana esposa que también había salido al jardincillo, regresando los dos a la casa. Roy observó que su jefe parecía muy cansado, muy abatido, más viejo. Y en un instante tomó las decisiones al ordenar al oficial de guardia:

—Que no los toquen para nada, Ives. Dile al doctor Falcoy que luego iré por allí.

—Bien, Roy.

Fue a retirarse el oficial hacia el vehículo, pero volvió sobre sus pasos y quedamente, indagó:

—¿Qué diantres ha pasado aquí, Roy? ¿Todo esto, por qué?

—No lo sé, Ives. ¡Pero te aseguro que lo averiguaré! Y otra cosa... Búscame, donde sea, al profesor Adolf Feinberg.

—Creo que le vi en el bar del pabellón de oficiales. Estaba bebiendo como uncosaco y parecía enfadado.

—¡Tráele cuanto antes, Ives! ¡Es importante!

Roy Hitman se olvidó del oficial de servicio y fue a dirigirse hacia la casa de su jefe, cuando la voz del coronel Otto Himmer le susurró:

—No lo niegue, capitán. ¡Está pensando lo que yo!

—¿Se refiere al profesor...?

—Sí. ¡También sospecha de él! La orden que dio lo confirma.

—Se equivoca, coronel. Simplemente quiero tenerle aquí, para intentar aclarar esto.

Antes de penetrar en la casa, Roy Hitman quiso saber, clavando fijamente sus ojos en el coronel Himmer:

—¿Por qué diablos sospecha usted del profesor Feinberg?

—Le diré, capitán. ¿No le vio abandonar la reunión muy enfadado?

—Sí... Ese pesado de Lhoman le zahirió un poco.

—¡Pues ahí está! ,

—¿Cree que eso es motivo para asesinar a tres hombres?

—A cuatro, capitán. ¡Contra mí también disparó!

—Más a mi favor. Contra usted no podía tener nada.

—No haga caso, Hitman; esos científicos se vuelven locos muchas veces. Recuerde el padre de esa muchacha y lo que hizo.

—No embrollemos más las cosas, coronel. ¿Qué motivos puede tener el profesor Feinberg para desearnos la muerte?

—A usted y al general MacGland, quizá no. Han sido sus colaboradores en ese sorprendente invento de la utilización de los... los... ¿Cómo dijo que los llamaba, capitán?

—Los «taquiones», partículas más veloces que la luz.

—Bien; por lo que les oí discutir, es posible que el profesor Feinberg temiera que Lhoman, como delegado del Gobierno, saboteara una vez más su invento y...

—Conozco bien al profesor; es hombre que jamás ha utilizado la violencia.

—Y yo conozco las inesperadas reacciones humanas, capitán. No olvide el puesto que ocupo en Plutón. Por eso le digo que, aunque me cueste admitirlo, la mayoría de los hombres, en ciertas circunstancias, dejan escapar el asesino que llevan dentro.

—Eso no va con el profesor Feinberg.

—Entonces, deme una explicación lógica para este atentado. Yo, mientras tanto, seguiré pensando que nos atacó ese hombre.

—¡Eso es absurdo! Rayo de Luz sigue en los hangares. Bastará una simple demostración oficial, para que el Gobierno acepte el empleo de esa nueva energía para las naves espaciales.

—Capitán, nadie mejor que yo puede apreciar lo que eso puede significar. No olvide que, de mis veinte años de servicio, diez los he pasado lastimosamente viajando por el espacio. Pero...

La agradable voz de Ada Richter les llamó desde la puerta:

—¿No entran ustedes?

—Sí, Ada. Cómo está el general? —se interesó Roy Hitman.

—En su despacho, ante el intercomunicador.

Con su energía habitual y su paso elástico, Otto Himmer entró primero en la casa seguido del joven oficial, diciendo con su mejor tono de voz a la rubia muchacha:

—¿Puede llevarme ante el general, señorita? Yo también tengo que cursar varias órdenes a mis hombres.

—Por aquí, coronel.

Minutos después, ante la muda solicitud del coronel Himmer, el anciano jefe de la Base le cedió el puesto ante el aparato intercomunicador y le escucharon ordenar a uno de sus oficiales:

—Raussen, ordene que redoblen la guardia de los prisioneros. Puede ser que el atentado que hemos sufrido esté relacionado con el motín de hoy. ¿Comprende?

—Sí, mi coronel.

—Otra cosa, Raussen, vigilen bien a esos deportados que están bajo los efectos de los dardos adormecedores.

Al extremo del intercomunicador, el oficial Raussen pareció dudar, antes de informar a su jefe:

—De eso le quería hablar, coronel.

—¿Qué pasa, Raussen?

—¡Que dos han desaparecido, señor!

—¿Cómo? ¿Está seguro?

—Sí, coronel. Lo siento, pero...

—¡Es usted un estúpido, Raussen!

—Sí..., sí, mi coronel.

—¿Cómo ha podido ocurrir una cosa así?

—Verá, coronel... Era natural que los considerásemos a todos adormecidos. Teóricamente esos dardos lo consiguen, pero...

—¡Déjese de teorías y sandeces, Raussen! ¡Y búsqieme a esos dos pájaros!

Otto Himmer cortó con movimiento brusco la comunicación, mirando alternativamente al general MacGland, al capitán Roy Hitman y a la muchacha rubia. Y su voz se hizo desagradable al decir:

—Debe usted tener razón, capitán. Perdone que haya sospechado del profesor Feinberg. ¡El atentado debe ser cosa de esos condenados asesinos! Ya han oído que dos de ellos han escapado. ¡Han desaparecido!

La voz dulce de la anciana esposa del general cortó todo comentario al anunciarles, desde la puerta del despacho:

—Les he preparado unos cordiales. Creo que todos los necesitamos.

Fue entonces, cuando se disponían a seguir a la dueña de la casa, que en la Base Militar de Yellowknife sonó una gran explosión.

Algo tan fuerte y terrible, que parecía que la Tierra se había partido en dos...

CAPITULO VII

Cuando la formidable explosión cesó, de uno de los hangares se elevaban al cielo de la noche llamas y humo en gigantescas espirales. El servicio contra incendios actuó con celeridad, pero horas después pudo comprobarse que del Rayo de Luz no quedaba nada.

Nada, excepto un montón de chatarra retorcida de lo que había sido, aunque en el secreto de unos pocos hombres, la astronave más veloz de toda la historia de la humanidad.

Y, sin embargo, con todo lo que podía significar aquella terrible pérdida, no era lo peor.

Lo más grave era que su genial creador, el profesor Adolf Feinberg, había muerto carbonizado en el gigantesco hangar. Fue difícil identificarle, pero cuando se consiguió también se descubrió otra cosa: junto a él estaban los restos de los dos prisioneros que debían ser deportados al lejano planeta Plutón.

Sólo por unos hilachos de sus uniformes pardos y por unos números que se les tatuaba en los brazos, se pudo saber que eran los dos prisioneros que, de alguna forma, habían logrado burlar la vigilancia del teniente Raussen, que confió no podríanes escapar porque, como el resto de los deportados, también aquéllos habían sido adormecidos por los dardos que disparó el capitán Roy Hitman.

El general MacGland meneó la cabeza canosa y musitó:

—Cada vez entiendo menos esto, señores. ¡No comprendo qué relación puede haber entre todas estas cosas!

—Yo tampoco, señor —reconoció a su vez Roy Hitman... Pero no hay duda de que existe cierta relación.

—No lo sé, Roy... ¡No lo sé!

El viejo general volvió a hojear los papeles y, como recapitulando, volvió a decir:

—Veamos, muchacho, ¿Qué relación puede tener el motín de los presos de ayer, con la reunión que tuvimos, el atentado que sufrió el coronel Himmer y los otros desdichados que murieron, la fuga de esos

dos condenados que desaparecieron de la enfermería cuando todos les creían adormecidos, la explosión que destruyó el Rayo de Luz y la muerte de su creador, Adolf Feinberg?

—Por ahora no puedo contestarle, mi general. Pero de una cosa estoy seguro, señor: alguien, por alguna razón, no desea que naves como el Rayo de Luz puedan permitirnos dar un paso de gigante en la conquista del espacio.

—Ted Lhoman y su ayudante Sherry parecían oponerse a ello, a juzgar por los obstáculos que siempre pusieron al proyecto. ¡Pero los dos están muertos!

—Cierto, señor. Y del general Dam Rassy no hay por qué sospechar. También murió.

Tom MacGland miró más fijamente a su joven ayudante, como si le viera por primera vez. Y sordamente musitó:

—Quedamos tú y yo, muchacho.

—¿Sospecha de mí, señor? —dijo sonriente el joven—. Yo no sospecho de usted, mi general.

—Por supuesto, Roy, no sospecho de ti.

—Ha olvidado usted al coronel Himmer, señor.

—Himmer se enteró anoche del trabajo realizado por el profesor Feinberg y nosotros sobre el Rayo de Luz, cuando le invité a la cena. ¡No podía tener preparado nada, Roy!

—¿Por qué le invitó, señor?

—No sé... Es un hombre que ha trabajado muy duro en los últimos años. Quise darle una alegría. Supuse que se pondría muy contento al enterarse de que sus pesados viajes a Plutón ya sólo durarían seis horas y no seis largos meses.

El viejo general volvió a menear la cabeza canosa, antes de razonar:

—Por otra parte, es absurdo que para todos los que viven allí, no resulte una gran ventaja disponer de naves tan veloces. ¡Calcula tú lo que supone!

—Diga más bien lo que pudo suponer, señor. Muerto el profesor

Feinberg y destrozado el Rayo de Luz...

—Sí, es cierto, Roy... ¡Es cierto! ¡Lástima!

—Yo recuerdo muchas de las piezas del generador de energía, señor. Podría volver a diseñarlas, tal como me las indicó el profesor Feinberg.

—Siempre nos faltarían las más vitales, Roy. Sin Adolf tardaríamos años en volver a construir otra astronave igual.

—¿No tiene usted las fórmulas para la captación y aceleración de los «taquiones», mi general?

La respuesta del viejo general fue descorazonadora:

—¡No!

Pero su joven ayudante no se rindió y recordando, dijo:

—El profesor Feinberg habló de la Universidad de Princeton. El y Albert Weiss Richter estudiaron allí con el acelerador de protones las partículas superluminosas de los «taquiones».

—Cierto, Roy. Pero el padre de Ada ahora es un criminal condenado a la deportación. Una vez todos esos prisioneros terminen de pasar por la cámara de hibernación, serán trasladados a Plutón.

—¿Y qué importa eso, ante la enorme magnitud de ese invento? Se podría intentar que el padre de Ada...

—¿Me estás proponiendo que solicite el indulto del Albert Weiss Richter?

—Puede llamarlo como quiera, general. Un indulto, un perdón o simplemente que le dejen aquí, en la Tierra. ¿No dicen que han comprobado que no está loco?... ¡Pues podría trabajar en otro Rayo de Luz!

—Me gustaría, Roy. El padre de Ada también fue amigo mío.

El viejo general pareció dudar, antes de añadir:

—También conocí a su esposa. Nadja era una mujer encantadora. Recuerdo cuando venían los tres a visitarnos y mi esposa se pasaba las horas con la pequeña Ada en sus rodillas. ¡Nosotros nunca hemos tenido hijos, Roy!

—Razón de más, señor. Pero, dejando los sentimientos de amistad aparte, está el que el padre de Ada puede ser muy útil.

Tom MacGland se puso en pie con más energía que habitualmente empleaba, al admitir:

—¡Tienes razón, Roy! Ahora mismo ordenaré al coronel Himmer que ponga a Albert Weiss Richter aparte de los otros prisioneros.

—¡Estupendo, señor! Será una gran alegría para Ada. Si firma esa orden, tendré mucho gusto en llevársela yo mismo al coronel Himmer y decírselo a ella.

—Momentáneamente, hasta que se arreglen los papeles, pediré que quede bajo mi custodia.

Tom MacGland buscó el talonario de órdenes sobre la revuelta mesa, llena de los informes que se vería obligado a cursar a sus superiores, para dar cuenta de todo lo que había pasado en la Base. Y mientras ponía su firma comentó:

—Más tarde, tendremos tiempo para solicitar una revisión. ¡Ahora tengo fuerza ante el Gobierno para pedir una cosa así!

Le entregó la orden a Roy Hitman, pero antes de que el joven saliera le llamó:

—Roy...

—Diga, señor.

—Eres un buen ayudante, muchacho. ¡Y te aprecio! En los momentos críticos, siempre estás a mi lado.

—Gracias, general MacGland.

—Presiento que ahora vamos a tener que estar muy unidos. He tenido que informar al Gobierno Central sobre todo esto y no tardaremos en ver inundada la Base de encumbrados personajes, husmeando todos por aquí.

—Les atenderemos lo mejor posible, señor. No tenemos nada que ocultar.

—No, Roy... ¡Ya no!

—No tema, señor. El haber dispuesto de la Base para esos

experimentos y haber gastado ciertas cantidades de dinero, carece de importancia teniendo en cuenta lo que consiguió el profesor Feinberg.

—Espero que esos delegados del Gobierno Central lo comprendan así, Roy.

—Lo comprenderán, señor.

Cuando minutos después Ada Richter leyó la orden firmada por el general MacGland, miró radiante al capitán Roy Hitman al exclamar:

—¡Oh, Roy! ¡Es magnífico!

—Lo es, Ada. Antes no podía hacerse, porque no había una base sólida para una petición así. Pero ahora, su padre no será deportado. ¡No podrán negar el permiso!

Y Roy Hitman ofreció su mano a la muchacha rubia al invitar:

—¿Vamos?

Contra lo que esperaba, la mujer se contuvo y, cambiando de expresión dijo:

—No, Roy. Me gustaría poder llevar esa buena noticia a mi padre. ¡Pero no puedo olvidar lo que hizo!

—Comprendo, Ada.

—¡Asesinó a mi madre! ¡Y de una forma horrible!

—No se altere, por favor.

—Deseo lo mejor para él, porque siempre me quiso mucho y me trató con amor. ¡Pero nunca podré olvidar aquello!

—De acuerdo, Ada. Llevaré la orden yo solo al coronel Himmer. Luego comerá usted conmigo. ¿De acuerdo?

—Le estaré esperando, Roy.

Minutos después, en su vehículo especial, Roy Hitman se trasladó al extremo sur de la Base Militar, donde sabía que el coronel Otto Himmer y sus hombres tenían instalados a los prisioneros que serían deportados a Plutón.

Dos centinelas, con los característicos uniformes verdes le

franquearon la entrada en el perímetro de los prisioneros, tras identificarse y mostrar la orden del general MacGland. Pero ya en el ascensor, acompañado por uno de los ordenanzas del coronel, mientras ascendían hacia el decimonoveno piso el soldado dijo:

—No sé si podrá recibirle el coronel Himmer en persona, capitán. Está muy ocupado.

—¡Me recibirá! Traigo una orden especial.

El ascensor se detuvo y el soldado indicó:

—Por aquí, capitán.

Roy Hitman observó que había mucha agitación en aquellos amplios pasillos. Desde que estaba destinado en la Base Militar de Yellowknife, apenas había estado tres o cuatro veces en el interior de aquel edificio destinado a los pilotos, los técnicos y soldados que precisaba el coronel Otto Himmer para sus viajes regulares entre la Tierra y Plutón. Pero al joven ingeniero se le antojó que aquel día excesivos oficiales y soldados iban con carpetas y documentos de un despacho a otro, y que todos parecían excesivamente serios y preocupados.

Como si ocurriese algo inusitado.

Al llegar frente a la puerta del despacho del coronel Himmer, Roy Hitman se dispuso a entrar, pero el ordenanza le rogó:

—Espere, capitán. Es cuestión de un minuto.

—¿Un minuto plantados aquí? ¿Por qué?

—Para que nos identifiquen, señor.

—Ya lo han hecho a la entrada del perímetro.

Malhumorado y decidido fue hacia la puerta, pero ésta no cedió. Y una voz partió de alguna parte, ordenando con tono impersonal, casi metálico:

—¡Sus armas, capitán! Entréguelas al ordenanza.

El soldado que tenía ante él extendió mudamente la mano y Roy indagó:

—¿Por qué?

Pero obedeció, entregando la pistola de reglamento, aunque la voz impersonal volvió a ordenar, insatisfecha:

—La otra, capitán Hitman. ¡La otra también!

Roy Hitman empezó a comprender. Aquella puerta tenía circuitos que detectaban las armas, de otra forma, resultaba materialmente imposible que alguien más que él conociera la existencia de otra arma: una diminuta pistola capaz de lanzar rayos láser que, como prudente medida, siempre llevaba bien oculta en el bolsillo posterior del pantalón.

—¡Muy ingenioso! —comentó, entregando también la otra arma.

Sólo entonces la puerta del monumental despacho del coronel Otto Himmer se abrió por sí sola, automáticamente y sin un solo ruido. Cuando Roy Hitman se encaró con aquel hombre de rostro enérgico y violáceo, sin un solo cabello ni rastro de barba, indagó:

—¿A qué vienen tantas precauciones, coronel?

—¿Olvida dónde estamos, capitán?

Roy Hitman nada contestó y el militar del uniforme verdoso añadió:

—En este edificio suelen haber de cuatro a cinco mil condenados a la deportación. Muchos de ellos sabe que son terribles asesinos Pobres diablos, cuyos horrendos crímenes, les llevarán a Plutón...

Hizo una pausa e intentando sonreír, siguió:

—¡Son peligrosísimos! Sobre todo esos hombres de ciencia que se volvieron locos. Gente muy inteligente y bien preparada, capaz de las mayores argucias y audacias para escapar de la vigilancia de mis soldados y seguir cometiendo sus crímenes. ¿Comprende ahora, capitán?

—Y usted, desea protegerse, ¿verdad, coronel?

—¿No lo haría usted, capitán?

—Posiblemente. Pero ignoraba que habían adoptado ese sistema de seguridad ante las puertas.

—Veo que usted ignora muchas cosas de este edificio.

—Sí... Me temo que a usted y a sus hombres les hemos concedido excesivas prerrogativas. ¡Mucha autonomía, coronel!

—En el fondo, si bien lo mira, nosotros no estamos bajo el control del general MacGland, mi querido amigo. Yo diría que pertenecemos a... a otro mundo. ¡Al mundo de Plutón!

—Plutón también pertenece a la Tierra, coronel.

—Por supuesto, capitán... ¡Pero está tan lejos! ¡Lo tienen ustedes tan abandonado, tan ignorado que...!

—No vine a tratar de eso. Traigo una orden firmada por el general MacGland para usted, coronel Himmer.

Con una mueca que aún hizo más violáceo su desagradable rostro, Otto Himmer musitó:

—Me temo que las órdenes del general MacGland ya no tienen efecto, capitán.

Con el papel en la mano, mirándole fijamente, Roy Hitman indagó:

—¿Por qué dice eso?

—Muy sencillo, capitán... Porque el jefe de esta Base Militar ha muerto...

—¿Cómo? ¿Qué dice...?

Otto Himmer señaló al aparato intercomunicador con la pantalla del visófono instalado sobre su amplia mesa de despacho, informando displicente:

—Acaban de comunicármelo, capitán.

—¡Es imposible! No hace mucho le dejé en su despacho. ¡Personalmente me dio esta orden para usted!

La mano pálida de Otto Himmer se extendió hacia el joven capitán:

—¿Qué es?

—La orden para que entregue al prisionero Albert Weiss Richter.

Y retiró la mano que sostenía el papel, añadiendo excitado:

—Pero eso no importa ahora. ¡Quiero saber cuándo, cómo y por qué murió el general Tom MacGland!

—¿He oído bien, capitán? ¿Ha dicho que «quiere» saber?

—Me ha entendido perfectamente.

—Creo que olvida que no puedo recibir órdenes de usted. Soy superior en antigüedad... ¡Y en categoría, capitán!

—Lo que no le excusa de informarme.

—Infórmese por usted mismo, capitán. Le permito usar el intercomunicador.

En dos zancadas Roy Hitman se puso ante el aparato, manipuló las clavijas y el rostro del oficial de servicio en la Base apareció en la pantalla del visófono. Roy Hitman le reconoció e indagó angustiado:

—¿Qué ha pasado, Gregory? Acaban de decirme que el general MacGland ha muerto.

—Así es, Roy. Al parecer fue un ataque cardíaco. Al menos, esa es la opinión del doctor Falcoy.

Velozmente, pensando en la anciana esposa del general fallecido, el joven ingeniero preguntó:

—¿Lo sabe ya su esposa?

—Todavía no, Roy. Todos estamos confusos. ¡Están ocurriendo muchas cosas anormales últimamente aquí!

—Es cierto, Gregory. ¡Ahora mismo voy para ahí!

Roy Hitman apagó la pantalla, lanzó la orden que traía sobre la carpeta del coronel Himmer y anunció:

—¡Ahí la tiene! Muerto o no, es una orden del general MacGland.

—Estudiaré el caso y veré si debo obedecerle. En estas circunstancias, comprenderá que debo ser precavido.

—No importa. A la Base van a llegar ciertas personalidades del Gobierno. Ellos tienen suficiente autoridad para obligarle a soltar al profesor Albert Weiss Richter.

—¿Por qué tiene tanto interés en ese asesino, capitán?

Roy Hitman se tomó tiempo antes de contestar, para al fin decir:

—No lo sé, coronel... Pero estoy empezando a sospechar que usted también tiene mucho interés por ese hombre.

—Para mí, es un deportado como tantos otros. ¡Nada más!

—Antes dijo que establecía ciertas diferencias entre los prisioneros. A los sabios, a los intelectuales y hombres de ciencia, usted...

—Sí, es posible... Y concretamente ese hombre, tuvo un cerebro privilegiado. Pero eso fue en otro tiempo... ¡Ahora es un condenado más y se hartará de limpiar ciénagas en el Continente Verde de Plutón!

Al sentirse observado fijamente por las pupilas del joven que tenía ante él, más irritado aún, el coronel Himmer siguió:

—¡A **eso** conduce el crimen y el delito, capitán! ¡Y yo odio con todo mi corazón a lo que degrada la condición humana!

Roy Hitman no tenía ganas de seguir allí y por eso dijo:

—Buenos días, coronel Himmer. ¡Volveremos a hablar sobre eso!

—¡Cuando quiera, capitán Hitman!

Salió de aquel despacho, recuperó sus armas, abandonó el perímetro de los prisioneros y con su vehículo especial regresó.

CAPITULO VIII

La Comisión Investigadora del Gobierno Central estaba compuesta por varios personajes, la mayoría de ellos luciendo cinco estrellas en sus uniformes. También había técnicos, contables y hasta algún que otro camuflado agente de Seguridad Espacial, relacionado con los viajes interplanetarios.

Pero el capitán Roy Hitman no se amilanó y terminó su informe al decir:

—Eso es todo, señores. Pero conste que me he ceñido a lo ocurrido, sin expresar mi opinión personal.

Desde su sitial, el teniente general Haskey Hassel observó al joven ingeniero astronáutico y quiso saber, interesado:

—¿Qué le detiene, capitán? ¿Cuál es su opinión personal sobre el caso?

—Que alguien está interesado en que no vuelvan a fabricarse astronaves como la que consiguió construir el profesor Adolf Feinberg, señor.

—¿Se refiere a esa nave que bautizaron Rayo de Luz?

—Exactamente a ella, señor.

—Eso es obvio, capitán. Máxime después de lo que ha ocurrido en Marte.

Incapaz de contenerse, Roy Hitman rompió el protocolo al indagar:

—¿Qué ha ocurrido, señor?

—Nos han comunicado que un tal Maxwell Riley, jefe de la Base marciana Tabor... ¡También ha muerto!

—¿Se dan cuenta? ¡Ese hombre era íntimo amigo del profesor Feinberg y del general MacGland!

—Lo sabemos, capitán. Y el que por lo visto registró la llegada de esa extraña astronave a Marte.

Roy Hitman se volvió hacia donde sabía estaba sentado el serio coronel Otto Himmer, diciéndole inesperadamente para asombro de todos los reunidos:

—Bien, coronel... ¡Ya sólo quedamos usted y yo!

El teniente general Haskey Hassel se inclinó hacia adelante al preguntar:

—¿Qué dice, capitán Hitman?

—Que exceptuando al personal de los talleres, que ignoraban lo que estábamos construyendo, sólo quedamos el coronel Otto Himmer y yo que conociéramos la capacidad de vuelo de esa astronave destruida, señor.

Levantándose calmadamente, el coronel Himmer informó:

—Yo me enteré la noche que nos invitó a cenar el general MacGland. Por otra parte, el mismo capitán Hitman vio como a mí también me atacaban, cuando salíamos hacía los vehículos.

—No, coronel —atajó con prontitud el joven capitán—. ¡Yo no lo vi! Oí los disparos y me lancé por una ventana hacia el exterior, corriendo hacia la parte frontera de la casa. Allí estaba usted con su pistola en la mano, y recuerde que estuvo a punto de disparar sobre mí.

—Oí pasos a mi espalda y le creí uno de los atacantes. Mi reacción fue natural. Cualquiera habría hecho lo mismo para su defensa. ¡Tuvo suerte que pude detenerme a tiempo!

—Sí, coronel Himmer. ¡Tuve suerte!... Quizá porque en aquel instante sonó a su espalda la voz del general MacGland...

El militar que presidía la reunión volvió a intervenir, cortando aquel diálogo entre los dos» hombres, que se adivinaba sordamente contenido pero violento:

—Ciñámonos a los hechos, caballeros. Y los hechos son que dos de los prisioneros lograron salir de la enfermería, cuando los hombres del teniente Raussen les creía bajo los efectos de los dardos adormecedores. ¿No es así?

—Así fue, señor —confirmó el teniente Raussen.

—En su opinión, teniente Raussen... ¿Cree que esos dos hombres realizaron el atentado, volando el hangar donde estaba el Rayo de Luz?

El jefe de la Comisión Investigadora se puso a leer un papel, para añadir:

—Repito la pregunta, teniente. ¿Cree que esos dos hombres realizaron el atentado contra Ted Lhoman, Walter Sherry, el general Dam Rassy y el coronel Otto Himmer?

—¡Lo creo, señor! Posteriormente debieron forzar al profesor Feinberg a llevarles al hangar donde estaba su nave y allí la volaron.

—¿Muriendo ellos también, teniente?

El teniente Raussen miró a los reunidos, manifestando:

—Como usted dice, señor, me atengo a los hechos. Sus cadáveres también fueron encontrados allí.

Uno de los hombres de la Comisión Investigadora, preguntó directamente al médico de la Base Militar de Yellowknife.

—¿Qué hay de las balas que extrajo de los cuerpos de Ted Lhoman, Walter Sherry y el general Dam Rassy, doctor Falcoy?

—Son normales, señor. Pertenecen a las pistolas de reglamento que los oficiales de la Base suelen llevar.

Otto Himmer volvió a levantarse al anunciar:

—Por si les interesa, les diré que mi arma pertenece a un tipo especial de las que usamos en Plutón. La experiencia nos lo aconseja así.

Con una vaga sonrisa, el teniente general Haskey Hassel apuntó:

—¿Es que, de alguna manera, se siente usted acusado, coronel Himmer? En cierta forma, aquí sólo tratamos de...

—Señor... El capitán Roy Hitman ha hecho en sus declaraciones algunas veladas insinuaciones que me han afectado. Toda su actitud hacia mí es... ¿cómo diría yo?

—Tranquilícese, coronel Himmer. No creo que el capitán Hitman le pueda acusar de unos sabotajes que, al menos personalmente, sólo le

perjudicarían. Usted es de los pocos que va y viene a Plutón y esa astronave superrápida habría sido como una bendición para ustedes. Esta Comisión tiene en cuenta eso y, en caso de poder volver a construir otro Rayo de Luz, su duro cometido se vería muy aliviado.

Hizo una pausa, para añadir:

—Aunque, por otra parte, no alcanzo a comprender

el interés de esos dos prisioneros, para realizar el sabotaje. Bien mirado, a ellos también les puede interesar que la Tierra logre un contacto con Plutón muchísimo más rápido. Ello implicaría unas relaciones más directas, los trabajos allí adelantarían mucho y su suerte no tardaría también en mejorar.

Forzando su violáceo rostro poco acostumbrado a la sonrisa, todo lo más amable que pudo el coronel Himmer dijo:

—Agradezco esos razonamientos, señor. Son los mismos que yo habría expuesto a esta digna Comisión, que, por otra parte, saltan a la vista a poco que se piense en ello.

—Esta Comisión debe llegar a una conclusión, por eso, hasta nueva orden, nadie abandonará la Base y quedantodosadisposiciónde nuevosinterrogatorios.

—Con su permiso, me gustaría hacer una observación, señor.

—Hágala, coronel Himmer.

—Plutón pasa por su perihelio el primero de septiembre. Y hasta ahora, tal como venimos realizando los viajes, esa es la fecha óptima para el lanzamiento de las naves. La última remesa de los deportados ya están siendo sometidos a la hibernación y convendría no retrasar su traslado.

—Ya que son leyes físicas de la Naturaleza, inalterables y que el hombre no puede modificar, tendremos en cuenta esta circunstancia, coronel Himmer. Por otra parte, retrasar el traslado de esos deportados crearía un auténtico caos en esta Base, al ir llegando las nuevas remesas en el nuevo período de seis meses.

El presidente de la Comisión Investigadora observóun movimiento nervioso en Roy Hitman, preguntándole directamente:

—¿Tiene usted algo más que objetar, capitán?

—Sí, señor. Me gustaría que todos escucharan el dictamen del doctor Falcoy, sobre la muerte repentina del general MacGland.

—Ataque cardíaco —respondió escuetamente el doctor Falcoy.

—¿Sin ninguna clase de dudas, doctor? —insistió el joven capitán—. Yo le dejé minutos antes bien tranquilo en su despacho.

—Es posible... Pero con todo lo que estaba pasando aquí y a su edad, con la responsabilidad que debió sentir, quizá...

—¿Alguna otra cosa más, capitán Hitman? —dijo el presidente.

—Sí, señor; antes de morir tan inesperadamente, el general MacGland firmó una orden que me apresuré a llevar al coronel Himmer.

—Así es, capitán, en los informes quedó constatado.

—Me gustaría saber si esa orden se cumplió, señor.

—No fue posible —intervino nuevamente el coronel Himmer—. Cuando la cursé, desde el laboratorio de hibernación me comunicaron que Albert Weiss Richter ya estaba en la cámara, sometido al tratamiento...

Roy Hitman volvió a mirar fijamente al coronel Himmer, confirmando:

—En otras palabras. ¡Que ese hombre permanecerá dormido durante seis meses! ¿No es así, coronel?

—Así es, capitán Hitman. Creí conveniente no interrumpir el proceso de hibernación de los prisioneros, dado que el tiempo corre y la fecha óptima para el lanzamiento de las naves debe ser un día fijo.

Roy Hitman se volvió hacia los miembros de la Comisión, replicando:

—Si ustedes me permiten, señores... ¡Yo calificaría esto de una bonita jugada!

Otto Himmer pareció desentenderse de Roy Hitman y adoptó una actitud entre divertida y displicente. Pero el teniente general Haskey Hassel alzó su voz para recomendar:

—¡Tenga cuidado con sus opiniones gratuitas y sus juicios

personales, capitán Hitman! Aquí no estamos juzgando a nadie, sino intentando esclarecer un caso que, hay que admitirlo, se presenta un tanto confuso. Pero eso no le da derecho a prejuizar ni fijar en su mente a ningún culpable. Estimamos que el coronel Himmer obró con arreglo a lo acostumbrado y no vemos nada alarmante en que no interrumpa el proceso de hibernación de los prisioneros.

—En general no, señor... Pero en el caso de Albert Weiss Richter... ¡Sí!

—¿Por qué en ese caso sí, capitán?

—Porque ese hombre era el único, muerto el profesor Feinberg y el general MacGland, capaz de llevar a la práctica la teoría del empleo de los «taquiones» como fuerza propulsora para una astronave, señor.

Al oír aquello, el teniente general Haskey Hassel consultó a los otros miembros de la Comisión Investigadora, diciendo tras el breve cambio de opiniones con ellos:

—Nada sabíamos sobre eso, capitán Hitman.

—Yo tampoco, hasta que nos informó el general MacGland, señor.

—¿Ha dicho «nos informó», en plural?

—Exactamente, señor. En la cena que nos ofreció en su casa, el general MacGland y el profesor Feinberg nos hablaron a los que estábamos allí de Albert Weiss Richter. Por lo visto, tiempo atrás ese hombre colaboró en la Universidad de Princeton en la «caza» y el descubrimiento de esos «taquiones», con el acelerador de protones de la Universidad.

Uno de los miembros de la Comisión dijo al general Haskey Hassel:

—De todas formas, si ya se le aplicó el proceso de hibernación, de poco nos podrá servir ese hombre.

—Permítame, señor —le atajó Roy Hitman—. Durante los próximos seis meses no. Pero luego despertará y podría ser que...

—Tomo nota de eso, capitán Hitman —dijo el presidente.

El coronel Himmer se levantó:

—Opino como ustedes, señores. Pero no puedo por menos que pensar si todo esto, todo este tremendo lío y caos que se ha venido

formando aquí, no estará nada más que basado en unos simples y egoístas planes particulares.

—Explíquese, coronel Himmer —requirió el presidente.

—Les diré, señores... Parece ser que el capitán Roy Hitman y una tal señorita Ada Richter están muy... enamorados. Ella llegó aquí con un permiso especial del general MacGland, autorizada para presenciarele embarque de los deportados, entre los que está su padre...

—Concrete, coronel.

—Bueno, señor... Apunto la posibilidad de que el capitán Hitman y esa mujer...

—¡Eso es absurdo! —pretendió atajar Roy Hitman—. ¡Yo no conocía a Ada Richter!

—Estuvieron bastante rato juntos en la torre de control, ¿no, capitán? —indagó punzante el coronel Himmer.

—Así fue, pero...

—Pudieron ponerse de acuerdo para formar todo esto, con vistas a que Albert Weiss Richter no fuera deportado.

Roy Hitman fue a replicar, pero la mano del presidente advirtió:

—Caballeros... ¡No permitiré que hagan de esto una cuestión personal! Hay intereses mucho más importantes y vitales en juego. Y, si mutuamente se muestran antipatía... ¡Allá ustedes con sus problemas! Pero les recuerdo que, como militares, como ciudadanos y como hombres, deben esforzarse en esclarecer todo lo que ha pasado aquí, no entorpeciendo el curso de las investigaciones o nos obligarán a tomar medidas pertinentes.

Su mano se apoyó con energía sobre la mesa, anunciando:

—¡Por hoy hemos terminado, caballeros!

CAPITULO IX

Cuando Roy Hitman salía del hemiciclo, sintió la desagradable voz del coronel Otto Himmer a su espalda:

—Le aseguro una cosa, capitán. En mi mundo, usted habría sido arrestado.

—¿Ha dicho en «su mundo», coronel?

—Allí, la disciplina nos prohíbe acusar a un superior. ¡Ni siquiera del modo vago que usted lo ha estado haciendo!

—No me ha aclarado mi pregunta, coronel. ¿A qué se refería al decir «mi mundo»?

—Sabe a qué me he referido... ¡A Plutón!

—Afortunadamente, señor, en la Tierra existe más democracia. Los arcaicos tiempos de esa férrea disciplina militar que tanto parece admirar, ya están en desuso.

—¡Así van las cosas por aquí!

—Si tanto le gusta «su mundo», su querido y lejano Plutón, ¿por qué diablos no se queda allí para siempre, de una condenada vez?

—Estoy cumpliendo con mi deber. Cosa que, al parecer, usted ignora, capitán.

Guardaron silencio al ver que uno de los generales de la Comisión Investigadora se acercaba a ellos, recomendándoles:

—Ya han oído al presidente. Guarden sus resquemores personales, amigos. ¡Será mejor!

Roy Hitman se desentendió de la mirada olímpica del coronel Himmer y avanzó hacia donde, al entrar, había dejado su pistola de reglamento. Y allí el ordenanza le dio una desagradable sorpresa:

—Lo siento, capitán... Son órdenes. No puede usted ir armado.

—¿Cómo...?

Pero como era inútil discutir, se dispuso a retirarse hacia sus habitaciones. Ante todo, lo que necesitaba era reflexionar y darse una buena ducha.

* * *

Roy Hitman dejó de pasear, para ante la mujer, exclamar:

—Lo siento, Ada. ¡No puedo evitarlo! La presencia de ese hombre me pone nervioso. Nunca me ha gustado y en esta ocasión, ¡mucho menos!

—Pero es absurdo, Roy. ¿Por qué sospechas de él?

—No sé... Su cara, ese modo de mirar que tiene, su forma de comportarse, todo lo que dice, cuando habla de «su mundo»... ¡Más que un ser humano parece un robot mecánico!

—Admito que no es muy agradable, pero recuerdo que tú mismo me dijiste que ese color violáceo se adquiere cuando se han pasado muchos años viajando por el espacio. ¿No es así, Roy?

—Sí, Ada... ¡Ya sé! Otto Himmer tiene una excelente hoja de servicios. Veinte años destinado en Plutón y, diez de ellos, de aquí allá y de allá aquí, transportando deportados.

—Comprenderás que no le defiendo. A mí, personalmente, también me es antipático. Pero no quiero que te ofusques por algo personal, Roy. Eso te impedirá ver claro y no podrás descubrir el motivo real de todo lo que está pasando aquí.

—¡Ahí me duele, Ada! Quizá estoy nervioso, porque no lo veo claro. ¡No llego a comprender a quién no puede interesar que una astronave como el Rayo de Luz pueda un día fabricarse en serie!

—Desde luego, tendrás que admitir que a hombres como el coronel Himmer les interesa mucho que eso pueda ser un día realidad.

Aceptó el cordial que la muchacha rubia le ofrecía como refrescante, pero antes de beber Roy insistió:

—Entonces, Ada, descartado también el coronel Himmer, tendremos que admitir que aquí, en esta Base, tenemos algún enemigo

bien oculto.

Mirándole fijamente, Ada Richter indagó quedamente:

—¿Té ofenderás si te digo lo que he oído, Roy?

—¡Adelante! ¿Qué oíste?

—Pues bien... ¡Que tú eres el responsable!

Roy Hitman sonrió divertido, apurando el vaso antes de refutar:

—¡Eso es ridículo! ¿A quién se lo oíste?

—Salía de casa de la señora MacGland, cuando oí a un grupo de soldados comentarlo.

—¡Serán majaderos!

—Debes comprender, Roy. Todo el mundo anda desorientado.

—Pero hay un montón de razones, para pensar que yo no soy el culpable.

—Enuméralas, Roy, por favor...

El hombre miró a la muchacha, adquiriendo sus pupilas mayor intensidad al indagar:

—¡Un momento, Ada! ¿Es que deseas que enumere esas razones, para convencerte a ti misma? ¿Sospechas también de mí?

—¡Oh, no, Roy! No sé qué te hace decir eso.

—Tu actitud de ahora.

Roy Hitman volvió a pasear, antes de añadir:

—¡Está bien! Ahí van mis razones. Primera, señorita Richter, como ingeniero astronáutico y ayudante del general MacGland, yo le diseñé no pocos de los planos de esa astronave, aunque siempre siguiendo las instrucciones y las teorías del profesor Feinberg. Segunda, me cuidé de que todo el personal de la Base creyera que estábamos construyendo una nave como otra cualquiera, aunque con unas características especiales. Tercera, durante ciertos vuelos experimentales, acompañé al profesor Feinberg y me enseñó el manejo de su Rayo de Luz. Cuarta, cuando ocurrió el atentado contra Himmer y los otros,

recuerda que yo estaba despidiéndome de ti en compañía del general MacGland, que estaba junto a su esposa.

—Lo recuerdo perfectamente, Roy.

—Por lo tanto, yo no pude disparar y matar a Ted Lhoman, Walter Sherry, el general Dam Rassy y ese condenado coronel de cara verdosa.

—Pero, Roy... No es a mí a quien tienes que convencer!

—Déjame terminar: yo estaba precisamente en el despacho de Himmer, cuando me enteré de la repentina muerte del general MacGland. Y me olvidaba recordar que, cuando sentimos el ruido de la explosión que mató al profesor Feinberg y destrozó su nave, ¡seguía en la casa junto a todos vosotros!

—¿Te picaste por lo que dije, Roy?

—Me molestó, Ada.

—¡De acuerdo! Pues grita por ahí a quien sospeche de ti todas esas razones. ¡No me las repitas a mí!

—Me pediste que las enumerase, ¿no?

—Perdón, capitán Hitman. ¡Ignoraba que fuese usted tan quisquilloso!

Roy Hitman se acercó a la muchacha hasta apoyar sus manos en los hombros femeninos, buscando con los suyos los ojos de la mujer. Ada Richter comprendió que aquellas pupilas solicitaban una reconciliación y cedió:

—Está bien. ¡No me mires así, Roy! ¿Quieres ponerme nerviosa?

—Lo estamos todos, Ada. ¿Y sabes por qué?

—No... Estoy esperando que tú me lo digas.

—Pues porque en el fondo, todos intuimos que detrás de esto se oculta algo muy gordo... ¡Pero que muy gordo!

—¿Muy gordo? —también repitió ella.

—Bueno... ¡Algo muy serio y posiblemente monstruoso! Llámalo como quieras.

—¿Te refieres a que en torno nuestro están actuando fuerzas extrañas? ¿Fuerzas extraterrestres, Roy?

—No precisamente eso, Ada. Hace tiempo que el hombre ha dejado de creer en seres inteligentes de otros mundos. Esas historias de «marcianos», platillos volantes que venían de otras galaxias y todo eso, eran corrientes siglos atrás, cuando todavía nos quedaban las incógnitas de lo que podía haber en los planetas de nuestro Sistema Solar, todavía no conquistados. Pero hoy en día resultan absurdas esas ideas tan viejas.

—No tan absurdas, Roy. Hay científicos que afirman que existe vida organizada en otros Sistemas.

—Lo admito y posiblemente algún día nos daremos las manos con ellos. Pero pierdes de vista una cosa, a Ted Lhoman, Walter Sherry y al general Dam-Rassy les asesinaron con balas disparadas por manos humanas. Y el profesor Feinberg murió de una forma que no es ningún misterio.

—¿Crees tú que esos dos hombres que se encontraron también destrozados junto a él le matarían? Me refiero a los dos prisioneros que lograron huir de la enfermería y que...

—De momento, esos tipos de la Comisión Investigadora hacen que se tragan esa «píldora».

—¿Tú no, Roy?

—No, Ada... ¡Yo no!

—¿Por qué no?

—Porque fueron dos pobres diablos, utilizados como anzuelo.

—¿En qué te fundas para decir eso?

—Sencillo. He investigado acerca de la identidad de esos dos tipos. Uno se llamaba Wassily Pavlof y en Ucrania fue condenado á ser deportado a Plutón, por haber asesinado a dos hombres y una mujer, para robarles. Era un hombre sin instrucción casi, sin principios y que siempre había vivido a salto de mata. El otro era un portugués llamado Marcello Veiga, casi de las mismas características, portero de una destilería de Lisboa, aficionado a la bebida que también cometió otro asesinato. Ya había sufrido varias condenas por embriaguez y pequeños hurtos.

—Hombres así son capaces de todo, Roy.

—Por dinero sí, Ada. Y si quieren hacernos tragar la pildora de que ellos mismos se inmolaran tras arrastrar al profesor Feinberg hasta el hangar para destruirle junto a su Rayo de Luz, eso implica una buena dosis de idealismo, ¿no crees?

No dio tiempo a que ella contestase, al añadir:

—Idealismo por lo que sea, pero con su valor hasta el sacrificio.

—¿Y si, al intentar volar el hangar, sufrieron un accidente y no pudieron salir a tiempo?

—Es una hipótesis, pero muy remota.

—Queda otra, Roy.

—¿Cuál?

—Algo descabellada, pero aceptable; que el profesor Feinberg, ofendido en aquella reunión que tuvisteis después de la cena, se volviese loco, atentase contra Ted Lhoman y los otros y luego destruyera su propia creación. ¡El Rayo de Luz!

—¿Y los dos tipos encontrados junto a él?

—Cuando se fugaron de la enfermería, quizá se refugiaron allí, en el hangar.

—Bien, pero olvidas algo, Ada.

—¿Te refieres a la inesperada muerte del general MacGland, que ocurrió después de morir el profesor?

—¡Exactamente! Nunca he creído en ese ataque al corazón.

—El doctor Falcoy dice que fue así.

—Sí, pero provocado por «algo» que vio... ¡O «algo» que le hicieron!

—No sé, Roy... ¡Todo esto es muy complicado!

—Sin embargo, debe tener una explicación simple. ¡Lo que hace falta es encontrar los motivos!

—Ya nos hemos esforzado, sin encontrar esos motivos. ¿A quién puede interesarle que el mundo no progrese? Hoy en día toda la Humanidad está unida bajo el Gobierno Central Mundial. No hay rivalidades entre grandes potencias o naciones, como siglos atrás. Si naves como el Rayo de Luz se consiguen, todo el mundo saldrá beneficiado.

—Cierto, Ada. ¡Pero «alguien» desea que eso no llegue!

—¡Pues es un monstruo! ¡No puede tratarse de un ser humano!

—Un monstruo, o un loco. ¡Pero con mucho poder!

La mujer se estremeció:

—¡Me asustas, Roy!

—Lo digo porque sus tentáculos también han llegado hasta Marte.

—¿A Marte, Roy?

—Sí, Ada... Los de la Comisión Investigadora me handicho que Maxwell Riley, el jefe de la Base marcianade Tabor y que controló el vuelo experimental del Rayo de Luz a petición del general MacGland y el profesorFeinberg...¡También ha muerto!

—¿Asesinado?

—Así parece. Esperan informes más detallados. Pero resulta altamente significativo que todos los que, de una forma u otra, están relacionados con esa astronave... ¡Mueren!

Ada Richter volvió a mirar al hombre fijamente, obligándole a decir a Roy Hitman:

—Estás pensando que yo no, ¿verdad, Ada?

—Bueno... Tú... y el coronel Himmer.

El joven capitán sonrió al decir:

—¡Quién sabe, Ada!... Aún no ha terminado todo. Es posible que a ese antipático coronel y a mí también nos liquiden.

—¡No, Roy! ¡No digas eso!

La mujer corrió impulsivamente hacia el hombre, refugiándose en

sus brazos. La tentación era mucha y Roy Hitman no pudo frenarla. Por eso inclinó su cabeza y sus labios buscaron los de Ada Richter.

En aquellos instantes se olvidaron de todo, entregándose a las infinitas ansias de vivir que los dos tenían.

Para ellos, el mundo entero estaba allí.

CAPITULO X

Los miembros de la Comisión Investigadora, con su ir y venir, hacer preguntas, andar por todos lados y revolverlo todo, contribuyeron, en buena parte, a la indisciplina y el desorden que últimamente reinaba en la Base Militar canadiense de Yellowknife.

El mismo capitán Ives temió, cambiando impresiones con el que había sido ayudante del fallecido general

MacGland:

—De seguir así, tendremos mayores problemas, Roy. Cada uno de los que están aquí, mira a los otros con recelo.

Otro de los oficiales objetó:

—Ya han estallado algunas peleas, entre la guarnición. Los muy estúpidos se ponen a charlar y terminan peleándose acusándose unos a otros.

Más tranquilo aparentemente, Roy Hitman deseó:

—Todo volverá a la normalidad.

—¿Cuándo, Roy? Esos generalitos cosen a todo el mundo a preguntas. ¡Pero nada adelantan!

—Lo conseguirán, Ives. El teniente general Haskey Hassel es un lince para estas cosas. Ha resuelto mayores problemas en otros sitios.

El visófono zumbó y al estar más cerca fue el capitán Ives Robien quien accionó la clavija, contemplando la imagen del soldado de servicio en la torre de control:

—¿Qué pasa, muchacho? Soy el capitán Ives Robien.

—Preguntan por el capitán Hitman, señor. ¿Está ahí?

—Es parati, Roy...Espera un instante, muchacho.

Roy Hitman se asomó a la pantalla, sabiendo que su imagen también estaba siendo retransmitida:

—¿Qué pasa?

—El coronel Himmer desea establecer comunicación con usted, capitán.

—¡Adelante! Conecta, muchacho.

La pantalla vibró unos instantes, apareciendo en lugar del rostro del soldado la cara violácea del coronel Otto Himmer. Y su saludo le resultó a Roy Hitman un tanto sorprendente:

—¿Qué tal ha dormido, capitán Hitman?

—Perfectamente, coronel. ¿A qué viene su interés por mi sueño?

—A que yo estuve durante horas pensando.

—Al grano, coronel. Tengo mucho trabajo.

—Lo comprendo, pero es importante lo que deseo tratar con usted, Roy.

«¿Roy?» Era la primera vez, en los dos años largos que se conocían, que le llamaba por su nombre. Roy Hitman era consciente de que los otros oficiales escuchaban la conversación y preguntó:

—¿De qué se trata, coronel?

—Algo personal... ¿Podríamos vernos esta noche, capitán?

—Perdone, coronel; pero, que yo sepa, no tenemos nada que hablar. De todas formas, ya escuchó el consejo que nos dieron; nada de hacer de esto una cosa personal.

—Le digo que he reflexionado sobre el caso y creo haber llegado a una conclusión.

—Expóngala ante la Comisión Investigadora.

—Lo haré; pero antes necesito cambiar impresiones con usted, Roy.

—Está bien. ¿A qué hora le parece?

—Como supongo que usted cenará con la señorita Richter, después de la cena. ¿Qué le parece a las once, en la glorieta sur?

—Allí estaré, coronel Himmer. Aunque no creo que...

La voz de Otto Himmer aún se hizo más amistosa al replicar:

—No sea niño, Roy. Los hombres, los verdaderos hombres, siempre tienen cosas en común. Usted y yo nos hemos zaherido mutuamente, quizá llevados por nuestro celo y ardor al desear aclarar las cosas. Y le repito que, después de reflexionar mucho, precisamente por eso me identifico ahora con usted. ¿Me comprende?

—Está bien —repitió Roy Hitman—. No faltaré a la cita.

—Hasta entonces, Roy... ¡Ah! Y salude a la señorita Richter de mi parte. Siento no poder hacerlo personalmente, pero estoy muy ocupado también.

Roy Hitman tuvo la intención de accionar la clavija y dejar de contemplar el antipático rostro del coronel Himmer que se reflejaba en la pantalla. Precisamente cuando aquel hombre se esforzaba en sonreír y parecersimpático, resultaba más repulsivo. Pero no lo hizo, sin antes preguntarle:

—¿Le ocupa todo su tiempo la hibernación de esos pobresdiablos, coronel?

—Sí, Roy: estamos acelerando los preparativos para el viaje. Entre unas cosas y otros hemos perdido mucho tiempo.

—No olvide que, dormido o no, a Albert Weiss Richter le tiene que dejar aquí.

—Bueno, Roy... No he recibido órdenes concretas de la Comisión con respecto a ese hombre. De eso también trataremos en nuestracharla. ¿De acuerdo?

Consciente de que también era observado por el otro en su pantalla, Roy Hitman nada dijo, limitándose a mover la cabeza afirmativamente. Luego accionó la clavija y tras mirar a los otros oficiales dijo:

—¿Qué os parece? Ahora se me muestra amistoso.

—No había razón para que mutuamente os estuvierais tiroteando, Roy.

—Cierto, Ives. No hay razón... Pero siempre he tenido la impresión

de que ese hombre sabe más de lo que dice.

—Ahora, al parecer, desea compartir contigo sus opiniones. ¿No oí mal?

—No, Ives. ¡No oíste mal! Pero si descubrió algo, no es a mí a quien tiene que decírmelo. Por aquí está la Comisión Investigadora para deshacer este embrollo.

—En fin, Roy. ¡Allá vosotros!

Cada uno siguió con su trabajo y aquella conversación con el visófono fue olvidada. Excepto Roy Hitman que no la olvidó.

Por eso, cuando volvió a reunirse con Ada Richter

lo primero que comentó con la muchacha rubia fue su charla con el coronel Himmer. La muchacha dio por terminada la velada y asintió:

—Bien, pues a la glorieta sur, Roy.

—No sé por qué me habrá citado allí. En toda la Base hay mil lugares mejores que ése.

—¿Quieres que te acompañe, Roy?

—No, Ada; es mejor que vaya solo.

—No hay nada extraño en acercarnos los dos, paseando hasta allí. Hace una espléndida noche. Y te confieso que me gustaría hablar con el coronel Himmer sobre mi padre.

—Sobre lo de tu padre aún no se ha decidido nada.

—Me horrorizo cada vez que pienso que está en estado de hibernación. ¡Como muerto!

—No debe preocuparte eso. No siente nada y hasta viene a ser como un descanso físico. Como una regeneración de todas las células constitutivas del cuerpo.

—¿Por qué no quieres que te acompañe?

—La cita me la dio a mí solo. No quiero que piense que tengo miedo de entrevistarme con él.

—¿Y no lo tienes, Roy?

—Voy a decirte algo, Ada. En la Academia Militar nos enseñaron que el miedo a ser cobarde, es el valor del valiente. ¿Entiendes?

—Sí, cariño. ¡Comprendo!

—Ahora tengo que marchar. Te llamaré luego.

Al poco, con su vehículo especial, Roy Hitman alcanzaba la parte sur de la Base en pocos minutos. No utilizó los mandos elevadores porque en aquella zona había muchos árboles y vegetación y a la luz de la luna no habría podido localizar la glorieta para el descenso.

Por eso, el X-1.000 se deslizó a dos palmos del suelo sobre su colchón neumático, no acelerándole su conductor del todo porque le sobraba tiempo. En verdad que aquel era el lugar menos acogedor de la Base, aunque allí se podía estar en íntimo contacto con la Naturaleza, de la que poco a poco el hombre del año 2.300 se iba olvidando, a fuerza de la técnica, los adelantos, comodidades y grandes edificios de acero y vidrio que lo tenían todo.

CAPITULO XI

Sí, los grandes edificios lo tenían todo, menos el verde natural de los árboles, el frescor inimitable de la hierba, el aroma de la tierra y la caprichosa forma de las flores que ofrecían, con generosidad olvidada, una maravillosa muestra del poder de la Creación.

Roy Hitman descendió del vehículo y por un paseo arenoso intentó localizar la glorieta, donde sabía que un gran estanque con mil fuentes susurraba su eterna canción líquida.

Miró a la esfera luminosa de su reloj atómico, comprobando que aún faltaban dos minutos para las once. Con toda seguridad, dada su rigidez teutónica, el coronel Otto Himmer no acudiría a la cita hasta la hora exacta.

Pero en esto Roy Hitman se equivocó.

La alta y enérgica silueta con el uniforme verde y el rostro violáceo avanzó hacia él por un sendero lateral que desembocaba en la glorieta del estanque, saludando con su voz desagradable:

—Buenas noches, Roy. ¡Veo que estaba impaciente por hablar conmigo!

—Sólo faltan dos minutos para las once, coronel.

Otto Himmer sonrió como él solía hacerlo, forzándose para dar a su anguloso rostro una apariencia de cordialidad que no sentía:

—Empecemos nuestra charla franca y llanamente, Roy. ¡Sin ninguna clase de tapujos!

—¡Me gusta! Por eso le pregunto, ¿a qué viene ahora llamarme Roy?

—Vamos a ser amigos. Usted puede llamarme Otto.

—¿Y el motivo para esta familiaridad es...?

—Permítame que antes le haga unas preguntas... preliminares.

—No sé, coronel... Eso me suena a condiciones.

—Otto... Hemos quedado en olvidarnos de los tratamientos y protocolos, Roy.

—Está bien, Otto... ¡Siga!

—La primera pregunta... ¿Está usted de acuerdo con el mundo actual?

Roy Hitman quedó algo desconcertado. Para ganar tiempo hizo ademán de buscar los cigarrillos, pero Otto Himmer le atajó, rogándole:

—¡Por favor! No fume, Roy... ¡No soporto los vicios!

—Poco puede molestarle el humo aquí. ¡Estamos al aire libre, en plena noche!

—No me ha entendido. No es el humo lo que me molesta. ¡He dicho que no soporto los vicios ni las debilidades humanas!

—De acuerdo. ¿Su pregunta era...?

—Si está usted conforme con el mundo actual. Digamos, tal como sigue desarrollándose la civilización.

El joven capitán sonrió al opinar:

—Aunque no fuera así, poco podría hacer yo.

—¡Se equivoca! Cada hombre por el hecho de serlo, tiene la responsabilidad de los otros, de sus semejantes. Por lo tanto no puede excusarse diciendo que poco puede hacer él.

—Todo eso es muy vago, coronel... Perdón, Otto.

—No ha contestado todavía a mi pregunta.

—Bueno, pues... Le diré. Estoy de acuerdo tal y como se desarrolla nuestra civilización en muchas cosas... y en otras muchas, no.

Con aire de triunfo, su oponente manifestó:

—¡Lo suponía! No me equivocaba al catalogarle.

—Pero... ¿a qué viene esto? Es obvio que un hombre consciente no está de acuerdo con muchos fallos que pueda tener la civilización humana. Pero no por eso debe rechazarla de plano.

—No... ¡Pero debe intentar mejorarla!

—Desde mi puesto, hago lo posible en ese sentido.

—¿Fumando? ¿Aceptando los pequeños vicios? ¿Bebiendo licores? ¿Consintiendo sin protestar un sinfín de costumbres que deben ser, de una vez, desterradas?

Roy Hitman se puso en guardia y atajó:

—Oiga, Otto... No estoy aquí para enzarzarme en una charla filosófica. Dígame de una vez para qué...

—A eso voy, Roy... Deseo empezar a descubrirle a usted un mundo mejor. ¡Un mundo donde sólo tengan cabida... LOS SUPERHOMBRES!

—¿Cómo ha dicho?

—Me ha oído bien, Roy. ¡He dicho los superhombres!

—¡Por favor, coronel..., dejemos ya tranquilo a Nietzsche! Hace muchos siglos que ese filósofo alemán trastornó al mundo con sus peregrinas teorías. ¡Ya nadie le lee!

—Las verdades, cuando como en este caso son absolutas... ¡Son eternas!

—No discutamos. Pero no veo qué diablos tiene que ver Nietzsche, sus locas teorías sobre los «superhombres», usted y yo. Creí que me citó para hablarme de algo relacionado con todo lo que está ocurriendo en la Base...

—Todo está íntimamente ligado, Roy. ¡Porque usted también va a ser de los elegidos!

Fue tanta la sorpresa de Roy Hitman, que no contestó. Y la pausa la aceptó su oponente para remachar:

—Es más... ¡Hace tiempo que fue usted elegido!

—¿Elegido, por quién, coronel?

—¡Por nosotros!

—¿Por ustedes? ¿Quiere decir por... por los que se consideran superhombres, coronel?

—Así es, Roy. ¡Yo soy uno de ellos!

O daba media vuelta y se marchaba, o seguía allí apurando aquella absurda charla para ver a dónde quería ir a parar el coronel Otto Himmer. Por eso optó por la ironía y exclamó:

—¡Vamos, por favor, coronel Himmer! ¡No me haga usted reír! ¿De veras usted se siente un superhombre?

—¡En nuestro mundo lo soy!

—¿En su mundo? ¿Quiere impresionarme? ¿Me cree tan ingenuo que, si ahora añade que ha nacido en otra Galaxia, voy a creerle?

—No voy a decirle nada de eso. He nacido en la Tierra, como usted.

—¿Entonces...?

—Pero llevo muchos años fuera de esta gastada y diminuta esfera, corrompida y maloliente, contaminada por todos los vicios y las equivocaciones de los hombres, débiles en su mayoría...

—Vamos... ¡Que se siente un profeta!

—Aquí abajo, sí... En nuestro mundo sólo soy una pieza importante del Gran Engranaje.

—Terminemos. ¿Dónde está «su mundo»?

—¡En Plutón!

—¡Me lo figuraba! El carcelero, enamorado de la prisión que guarda, ¿no?

—Aquello no es una prisión, como ustedes ingenuamente creen. ¡Plutón es una promesa!

—Una promesa, ¿de qué, «amigo Otto»?

—Se lo he dicho, de un mundo mejor, más racional, más lógico... ¡Y más nuevo! ¡Menos corrompido y desgastado! Una excelente plataforma donde los seres humanos se están adaptando para, en su día, poder desarrollarse con su auténtica dimensión.

—¿Para llegar a ser superhombres, como usted dice?

—¡Exacto! ¡Para configurar una nueva raza de gigantes!

—Volvemos a Nietzsche.

—Ese filósofo alemán, al que usted parece despreciar quizá por desconocer sus magníficas teorías, sólo es para nosotros uno de los puntos de partida. Posteriores pensadores han perfilado nuestras ideas, mejorándolas nosotros en la práctica.

—¿Dónde, coronel? ¿En Plutón?

—Sí, Roy... ¡Allí arriba! ¡En el límite del Sistema Solar!

—O allá abajo, coronel. Todo depende de cómo se mire. Y en todo caso, si tan buenas son sus ideas, ¿por qué no se esfuerzan los que piensan como usted en implantarlas aquí, en la Tierra?

—Ya se lo he dicho. La Tierra está podrida, corrompida, gastada, corrupta! ¡El aire mismo que respiramos está contaminado! Las civilizaciones se han ido sucediendo alocadamente, enlodándolo todo. ¡Cada vez más! ¡Nada bueno puede ya edificarse aquí!

—Admitámoslo. Nos quedan otros planetas. Ya hemos conquistado todo nuestro Sistema Solar.

—¡Lo contaminarán también! Donde el hombre llegue, lo hará con sus debilidades y con sus sucios vicios, con sus corrompidas costumbres, con sus absurdas leyes, falsamente en muchos casos «humanitarias». En una palabra, con toda esa ridícula carga de historia inherente a él.

—Desbarra, coronel. Ustedes, esos que dicen son superhombres, también son seres como nosotros con todas esas cargas inherentes.

—¡No! Plutón ha estado casi ignorado por ustedes. Se encuentra tan lejos, es tan difícil y costoso llegar hasta él, que hace 280 años le dedicaron a vertedero de toda la escoria humana que, según sus leyes, les molestaba aquí.

Roy Hitman tuvo ganas de soltar una sonora carcajada, pero se conformó en preguntar con sorna:

—¿Y va a decirme que ha ido transformando toda esa escoria humana en magníficos superhombres, coronel?

—Aunque no lo crea, después de muchos años y una meticulosa

selección realizada por nosotros, los elegidos, ha sido así, Roy.

—¡Ya salió la caprichosa selección y eso de los «elegidos»! Por lo que dice, se han debido sentir dueños y señores de esas vidas, ¿verdad, coronel?

—¿Acaso no las despreciaban ustedes? ¿No se las sacudían de aquí? ¿No las rechazaban, con su falso humanitarismo, a esos confines de nuestro Sistema? ¡Pues nosotros las hemos aprovechado! ¡Las hemos remoldeado! ¡Amasado de nuevo! Y también hemos eliminado lo realmente inservible, consiguiendo, a través del tiempo, una magnífica y fructífera selección.

—¿Y han matado al resto?

—No... Esos son los esclavos. ¡Los que trabajan hasta reventar, en provecho de los seleccionados!

—Muy «humano», coronel.

—Le he dicho que ustedes los castigaron a ir allí.

—En una palabra: han seleccionado a los criminales mejores, ¿no?

—Le diré, Roy, para nosotros, la noción del bien y el mal va más allá del alcance corriente aquí al uso. Ante todo, lo que apreciamos es la fortaleza, tanto física como mental. ¡Es lo que nos hace falta! ¡LA FUERZA!

—¡Ya! Otra «luminosa» idea de Nietzsche. ¡Adorar la fuerza!

—Es el principio de todo. ¡La fuerza motriz que mueve las cosas!

Le gustase o no a Otto Himmer, el joven capitán tuvo necesidad de, fumar y mecánicamente encendió un cigarrillo. En el fondo, precisaba aquella pausa para recopilar sus ideas y lo consiguió al replicar:

—De todo esto deduzco una cosa. Usted se siente nuestro amigo. Lo cual me lleva a otra deducción... ¡Usted es quien atentó contra la vida de Ted Lhoman y los otros, y quien eliminó al profesor Feinberg con su astronave!

Otto Himmer no contestó, pero observaba cada uno de los movimientos del joven capitán. Y tras nueva bocanada de humo que intencionadamente Roy Hitman le lanzó al rostro de su oponente, ante su silencio añadió:

—¡Lo suponía! Y me habría matado también a mí, cuando le sorprendí apareciendo por donde no pensaba, si en aquel instante no hubiese salido el general MacGland gritándole a su espalda, ¿verdad?

—Eso no es verdad, Roy. ¡A usted le necesitamos!

—Observo que habla en plural. ¿Amigos suyos volaron el hangar donde estaba el Rayo de Luz?

—Así fue...

—Su querido teniente Raussen, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo consiguieron que, posteriormente, el general MacGland sufriera un «ataque cardíaco»?

—Uno de los nuestros le amenazó de muerte en su despacho. ¡Ya era muy viejo y caduco!

—Comprendo... Necesitaban que su muerte pareciera «natural».

—Así fue. El doctor Falcoy lo certificó.

—O sea que, tal como me lo figuraba, los dos prisioneros encontrados junto al destrozado profesor Feinberg sólo les sirvieron de cebo, para echarles la culpa a ellos.

—Sabía que usted había hecho esas deducciones y por eso le cité aquí, Roy.

Roy Hitman sintió frío en la espalda, pese a la buena temperatura de la noche. Por eso preguntó:

—¿Va a matarme también, coronel? ¿Tiene a sus hombres ocultos por aquí?

—Le he dicho que le necesitamos, Roy.

—¿Para qué?

—Usted ayudó a construir esa maravillosa astronave idea del profesor Feinberg. ¡En Plutón hará otras iguales para nosotros!

—¿Para los superhombres como usted, que mandan a su antojo allí?

—¡Exacto!

—Pudieron utilizar al profesor Feinberg o al general MacGland. ¿Por qué les asesinaron a ellos, si conocían más que yo sobre la energía de los «taquiones»?

—Eran muy viejos, caducos y cargados de prejuicios. Ya le he dicho que nosotros admiramos y necesitamos lo nuevo, la fuerza, la energía. ¡Ellos no se habrían adaptado a la vida en Plutón!

—¿Y creen que yo sí?

—Usted es joven, Roy. ¡Y muy fuerte y sano!

—¡Pero también tengo conciencia, coronel! ¿No cuenta eso? ¡Me resistiré!

—¡Bah! ¿Y qué es un dedal de sangre, cuando se puede evitar verter todo un océano? A ellos fue preciso eliminarlos para...

—¡Eran mis amigos!

—Lo dije, Roy... ¡Ideas caducas de la amistad! Sus reales amigos somos nosotros, los superhombres.

—¡Niego eso!

—No podrá. ¡Ha sido elegido!

Reculando un paso, lanzando con furia el cigarrillo hacia el rostro violáceo de Otto Himmer, Roy Hitman gritó:

—¡Estoy armado, coronel Himmer! No me obligue a...

—Yo también estoy armado.

—Pero no dispararé. Ahora sé que me necesitan, para construirles naves como el Rayo de Luz.

—Simplemente le adormeceremos, Roy. Mis hombres están vigilando. Un solo movimiento en falso y... ¡Créame que lo siento, Roy!

—Debí suponer que no jugaría limpio.

—El fin justifica siempre los medios, amigo mío.

—¡Para tipos como usted, sí! Para mí, no.

Instintivamente miró hacia ambos lados, intentando descubrir alguna sombra humana entre la vegetación. Nada localizó y recuperó ánimos para negar:

—¡Nunca colaboraré con locos como usted! ¡Con asesinos!

—Lo hará, Roy. ¡No tendrá más remedio!

—¡Tendrán que matarme!

—¡Oh, no! Usted es tan valioso para nosotros, como ese profesor Albert Weiss Richter. ¿No sabe que le dimos una droga para que, momentáneamente, se volviese loco y asesinase cobardemente a su querida esposa?

—¡Ya comprendo! Una cosa así tenía que ser.

—En el fondo, Albert Weiss Richter es el iniciador de la fantástica teoría de los «taquiones». En la Universidad de Princeton, el padre de su querida Ada le dio la pista al profesor Feinberg y juntos empezaron a localizar las partículas luminosas más veloces que la misma luz.

Otto Himmer avanzó despacio hacia Roy Hitman, al añadir:

—Comprenderá que no podíamos permitir que los viajes a nuestro mundo pudieran efectuarse en esas fantásticas astronaves en menos de seis horas. Eso supondría un contacto directo, unas engorrosas visitas y UP sinfín de molestias y dificultades para nosotros.

—¡Ha estado trabajando en la sombra!

—Diga, más bien, amparados por la distancia. Nuestra nueva civilización debe desenvolverse sin la influencia de la Tierra.

—¿Civilización? ¡Sociedad de asesinos, más bien!

—¡Oh, no! Le he dicho que, durante todo ese tiempo, hemos hecho una meticulosa selección. A Plutón fueron llegando muchos hombres como Albert Weiss Richter; eminentes sabios que aquí ustedes creyeron habían enloquecido de tanto estudiar, y les deportaron por sus delitos.

—¡Ahora comprendo que ustedes les forzaron, con sus drogas, a cometer los crímenes por lo que fueron juzgados! ¡Como al padre de Ada!

—¿Le gusta que le repitan las cosas, Roy? ¡Le he dicho que el fin justifica los medios! Y nosotros necesitábamos esos cerebros.

Roy Hitman logró sacar su pistola y apuntándole a su enemigo gritó:

—¡Quieto! Sus esbirros podrán matarme, pero usted me acompañará.

Otto Himmer sonrió al decir:

—No me importará morir. Por tercera vez le digo que nuestro fin justifica los medios. Y ahora, para conseguir que a usted le deporten también «legalmente» por asesino a Plutón... ¡El medio soy yo!

Momentáneamente, ofuscado por todo lo que aquel fanático había hablado con él, Roy Hitman no acertó a comprender.

Sólo vio clara una cosa. Que Otto Himmer no dejaba de avanzar hacia él y que, si no lo impedía, terminaría por echarle las manos al cuello. Y con un movimiento instintivo de defensa, disparó.

CAPITULO XII

Al ver caído al coronel Otto Himmer sobre la arena, temió que una nube de sus soldados salieran tras la vegetación y se lanzaran sobre él. Pero no sucedió nada de eso.

Nuevamente quedó desconcertado y clavó la vista en el moribundo coronel, que desde el suelo le dijo:

—¿Lo ve, Roy...? Ya... ya es nuestro... Le... le juzgarán por mi asesinato. No... no me defendí... Usted... usted será deportado a Plutón... Allí... allí le necesitan los míos, Roy.

Con furia, conteniéndose para no descargar su arma contra él, Roy Hitman exclamó:

—¡Es usted un demonio, Himmer! ¡Esto ha sido una trampa! Me citó aquí y todos mis compañeros lo escucharon por el visófono. ¡Ahora me acusarán! ¡Era una diabólicatrampa! ¡Unatrampa!

—Se... se lo dije... ¡El fin justifica los medios!

—¡Fanático! —le gritó.

Pero se inclinó hacia él, para ver si podía salvarle. Todo fue inútil, cuando Roy se incorporó, el coronel Otto Himmer había dejado de existir.

Aquel loco, sacrificándose por lo que consideraba su leal causa, le había ganado la partida.

Lo confirmó cuando al otro día no pudo demostrar nada ante la Comisión Investigadora, que no creyó una sola palabra de todo lo que declaró con respecto a la charla sostenida con su víctima. Aquello del «mundo de Plutón» los superhombres y las ideas del coronel Otto Himmer le hicieron exclamar al teniente general Haskey Hassel:

—¡Pamplinas! ¡Usted asesinó al coronel Himmer porque le odiaba!

En contra suya apuntaban muchas cosas. La creciente tensión que había en la Base militar debido a los últimos acontecimientos; las declaraciones de los otros oficiales, que habían escuchado la charla que por el visófono habían sostenido el coronel Himmer y el capitán Roy Hitman, agravándolo todo el hecho de que en el cuerpo de la

víctima no se encontró ningún arma.

Y, sobre todo, porque nadie fue capaz de aceptar el hecho de que el propio coronel Otto Himmer se «sacrificase» voluntariamente, con el solo objeto de que al joven capitán Roy Hitman lo enviaran a Plutón como deportado, tras la acusación de asesinato.

También resultó inútil que Ada Richter, única persona que creyó en las declaraciones del joven militar, dijese ante el tribunal:

—Resolver así el problema resulta fácil para ustedes. ¿Por qué no abren una investigación más a fondo y se trasladan a ese planeta?

—Señorita Richter —replicó el fiscal—. El hecho de que su padre aparezca involucrado en todo esto, le hace a usted creer en las declaraciones absurdas del capitán Hitman. Debe usted aceptar los hechos, aunque este tribunal comprende que resulta muy doloroso para una

hija, admitir que su padre y el hombre que amaba se han convertido en asesinos.

—No defendiendo ahora a mi padre, que es un caso que también podría revisarse. ¿Por qué no se deciden y viajan hasta Plutón?

—Se ha estudiado el caso y he aquí nuestras conclusiones. Enviar una Comisión Investigadora a Plutón, no sólo representaría cuantiosos gastos y un viaje de seis meses, sino también, desde cualquier punto que se mire, ineficaz.

—¿Por qué ineficaz? —quiso saber la muchacha.

—Si lo que usted supone, influida por las declaraciones del capitán Hitman, fuera verdad... ¿Qué adelantaría una pequeña Comisión en ese remoto planeta? ¡Nada! Allí serían aniquilados, no dejándoles regresar. ¡Y no vamos a enviar a todo un ejército, con lo que ello implica, simplemente por unas descabelladas declaraciones de un hombre que, a fin de cuentas, sólo quiere justificar varios asesinatos.

—Ustedes piden pruebas y a mí se me ocurre preguntarles: ¿Por qué un hombre como el capitán Hitman, se lanzó a cometer todos esos crímenes?

—Eso lo sabrá él, señorita Richter. Pero a veces, los hombres cometen aberraciones, como la que hizo su propio padre.

Al oír esto, Ada Richter tuvo que rendirse en sus objeciones. Pero encontró el consuelo en la mirada del acusado, al oír que Roy Hitman decía:

—No te esfuerces, Ada. ¡Ya tendrán algún día las pruebas que piden!

Severo, desde su sitio, el teniente general Haskey Hassel dijo:

—Este tribunal ruega al acusado que no trate de intimidar con hipotéticas amenazas. Debido a su actitud y a todo lo que ha contado empezamos a dudar de su razón, capitán Hitman. Pero eso no le excusa de su responsabilidad ni influye para que nosotros perdamos la nuestra, dando crédito a toda esa sarta de mentiras que asegura le dijo el coronel Himmer.

Ei mazo golpeó con energía sobre la mesa reclamando la atención general, al ordenar el presidente:

—¡Póngase en pie el acusado!

Roy Hitman obedeció como un autómatas y el presidente leyó la sentencia:

—Este tribunal le condena a la última pena, Roy Hitman. Desde ahora se le considera a usted degradado de su cargo de capitán, y en la próxima expedición será deportado al planeta Plutón con los otros prisioneros.

Un murmullo general se lanzó en todo el amplió semicírculo, pero una voz ordenó imperiosa:

—¡Desalojen la sala!

Roy Hitman se levantó también, pugnando por alcanzar a ver la rubia cabeza de Ada Richter, que tan valerosamente y con tanto amor le había defendido. Pero ni tan siquiera esto pudo conseguir. Se encontró junto a los que habían sido sus compañeros que le ordenaban quedamente, como si les costase trabajo cumplir las órdenes:

—Tienes que seguirnos, Roy. ¡Lo siento!

—No te preocupes, Ivés. Te comprendo.

Poco después, le llevaban hacia el laboratorio de hibernación.

Rígido, con su uniforme verde, el teniente Raussen le vio llegar e indicó con gesto autoritario:

—Por allí.

El capitán Ives Robien se encontró rogando al enérgico militar que había ocupado el puesto del coronel Otto Himmer:

—Prométame que le tratarán bien, teniente.

—Siempre lo hacemos, capitán. Para nosotros, todos los deportados son iguales. Son ustedes los que juzgan y los que sentencian y allí, si saben cumplir en el puesto que se les asigna, llegan a encontrarse bien, con el tiempo, una vez se aclimatan.

—Me refería a que en el caso de Roy, por haber sido condenado por la muerte de su jefe, el coronel Himmer...

Roy Hitman dijo algo que su compañero no llegó a comprender del todo cuando manifestó:

—No temas, Ivés. ¡Me tratarán a cuerpo de rey! Otto Himmer no fue más que el medio, para conseguir llevarme «legalmente», a su mundo. ¡A Plutón!

—¿Qué dices, Roy?

—Que fue un medio para llegar a este fin. ¡Me necesitan!

—Pero no... ¡No comprendo, Roy!

—Lo sé, Ives. ¡Nadie ha comprendido su fina jugada!

El teniente Raussen chascó los dedos desentendiéndose de la conversación de los dos amigos, ordenando a uno de sus soldados:

—¡A la cámara 5.410!

Roy Hitman miró fijamente a Ives Robien y exclamó:

—Ganan ellos, amigo. ¡Buena jugada! Se han salido con la suya...

¡Y tendrán razón! Nuestro mundo, nuestra cacareada civilización, está podrida... ¡Llena de recelos, de desconfianza hacia los otros humanos! ¡Está plagada de ridículas reglas preestablecidas, que no admiten nada más que los caminos trillados!

—Siento mucho todo esto, Roy. ¡Mucho!

—No importa. ¡Quizá vuelva pronto! Lo digo porque... ¡quién sabe! Ignoro los métodos que tienen allí para seleccionarnos y «remoldeamos», como me dijo el coronel Himmer. Y es posible que vuelva convertido en un flamante superhombre a devolveros la papeleta.

—¡Basta de charla! —cortó imperioso el teniente Raussen—. ¡No dice nada más que tonterías!

Ives Robien giró sobre los tacones de sus botas, negándose a sí mismo la debilidad de volverse para ver alejarse, pasillo hacia el fondo, al oficial que había sido su amigo. Pero no pudo evitar que una lágrima, más rebelde que su voluntad, bajase por sus mejillas.

Y entonces, cuando ya iba a volver la esquina, a su espalda volvió a sonar la voz de Roy Hitman que le gritó entre sus guardianes:

—¡Ives!

Ives Robien tenía que volverse y lo hizo.

—¿Qué quieres, Roy? ¿Es que disfrutas prolongando esto?

—No, amigo. Sólo quería ver el rostro de un amigo por última vez.

—Ya está... ¡Ya lo ves!

—Veo algo más, Ives... ¡(Mucho más! ¡Veo tus lágrimas! Y mientras el hombre tenga la capacidad de sentir y llorar... ¡habrá esperanza, Ives! ¡ESPERANZA!

Luego, fue Roy Hitman quien se volvió escoltado por sus carceleros, para no girar la cabeza ni una sola vez.

La Base militar de Yellowknife volvió a la normalidad, una vez todo el mundo pensó que el embrollado asunto había sido resuelto por la Comisión Investigadora.

El proceso de hibernación de todos los deportados que debían ser conducidos a Plutón también siguió su curso, con la eficacia que siempre ponían en sus funciones aquellos hombres que habían estado, durante muchos años, a las órdenes directas del coronel Himmer.

Las gigantescas naves espaciales que cada seis meses efectuaban el largo viaje de cinco mil novecientos millones de kilómetros, estaban preparadas en las pistas de lanzamiento. El primero de setiembre, fecha del esperado perihelio de Plutón con el Sol, era la fecha de partida.

El teniente Raussen se movía diligente sin olvidar un solo detalle y sin dejar nada a la improvisación: por algo él también se consideraba un ser superior.

¡Un superhombre!

Y el turno de entrar en la Cámara de Hibernación le llegó también al detenido número 5.410.

El penúltimo que había llegado.

Penúltimo, porque el último había sido una mujerrubia, de grandes ojos azules y cuyo nombre era Ada Richter.

Con gran asombro que casi le hizo gritar, Roy Hitman la vio pasar conducida ante la celda, aumentando su perplejidad al observar que la instalaban en la vecina a la suya. Y cuando los carceleros se alejaron, ya sin poderse contener, incrustando el rostro entre los barrotes preguntó angustiado:

—¿Por qué estás aquí, Ada? ¿Puedes oírme?

No podían verse, pero la voz de la muchacha rubia llegó hasta él susurrante:

—Por favor, cariño. ¡No grites!

—¿Qué ha ocurrido, Ada?

—No me interrumpas y deja que te explique. ¡Es muy importante!

—¡Por Dios, Ada! ¡Habla de una vez!

—Tuve una idea y se la expuse en privado al teniente general Haskey.

—¿Qué clase de locura hiciste? ¿Qué has ideado, Ada?

—Tenemos que ser más listos que ellos, Roy. ¡Es la única esperanza!

—¿De qué se trata?

—Te he dicho que no me interrumpas y será todo más fácil.

—No puedo, mi amor. ¡Las ideas se agolpan en mi mente! Llevo días encerrado como una fiera, pensando siempre en ti, horrorizándome con lo que me espera... Y ahora tú... tú... ¿Cómo es posible esto? ¿Qué has hecho?

—Cálmate, cariño. ¡Y deja que te explique!

Se prometió a sí mismo no interrumpirla y Ada Richter le contó que le expuso al teniente general Haskey Hassel que debía encontrar la forma de también condenarla a ella a la deportación por algún delito. Por algo que fuera «real» a los ojos de todos, para que no trascendiera el motivo de aquella comedia.

Como presidente de la Comisión Investigadora el teniente general lo consiguió. Sólo que una vez en Plutón, cuando al año regresaran las naves a la Tierra al mando del teniente Raussen para hacerse cargo de las nuevas remesas de deportados, se le ordenaría que Ada Richter regresara por haber sido indultada. El teniente Raussen se vería así en la disyuntiva de traerla, o desobedecer.

Si obedecía, Ada Richter regresaría a la Tierra y podría contar todo lo que había visto allí. Si no regresaba o el teniente Raussen se presentaba con cualquier excusa...

—Entonces será cuando destacarán a todo un ejército hacia Plutón. ¿Comprendes, Roy?

—¿No lo pueden hacer ahora? —protestó Roy Hitman.

—Ya les oíste: no encuentran motivos suficientes, basándose sólo en tus declaraciones. ¡No hemos podido aportar ninguna prueba contra ellos! ¡Todas estaban contra ti!

—¿Y tienen que sacrificarte a ti, para tenerlas?

—No es sacrificio, Roy. ¡Voy contigo!

—Ada... ¡Mi querida pequeña!

—No lo hago sólo por ti, Roy. También es por todos los demás. Por los que quedarán allí.

—Pero son dos años, Ada. ¡Dos largos años en aquel infierno!

—No sabemos cómo será Plutón. Según los informesque siempre traía el coronel Himmer, aquí se cree que no se ha adelantado mucho. Pero tú dijiste que él habló contigo de un mundo en transformación, donde los suyos, los superhombres, habían logrado mucho.

—¡Fanatismo de loco, Ada!

—Ahora lo comprobaremos. Y también si están dispuestos a atacarnos algún día.

—Creo que más bien ansían no tener que depender de la Tierra. Himmer siempre hablaba con repugnancia y asco de nosotros, los simples hombres...

—Pero se esforzaron, hasta sacrificar su vida, para condenarte a ti. ¡Como a mi padre! Y eso es, porque les interesa la energía más veloz que la luz. ¡Los «taquiones», Roy!

—Sí, Ada: eso implica que desean construir astronaves como el Rayo de Luz. Si realmente se sienten superhombres... ¡Desearán un día dominar el Universo!

—Por eso merece la pena lo que hago. Y el general Haskey aprobó mi idea.

—¿Cuál fue la comedia?

—Intenté «asesinarle» a él, fingiéndome furiosa por haberte condenado a ti.

—¡Vaya una idea, Ada!

—Tenía que ser algo que fuese aceptado por todos. El general Haskey no quiere meter la pata ante el Gobierno Central Mundial. Me dijo que si todo resultaban mentiras tuyas, todo el mundo se reiría de ellos y...

—¡Pero te sacrifican a ti!

—Es como si fuese a cumplir una misión, Roy. ¡Merece la pena!

—Una vez, me dijiste hablando de tu padre que te asustaba la Cámara de Hibernación.

—Y tú me dijiste una noche que el miedo a ser cobarde, es el valor del valiente. ¿Recuerdas?

—Sí, Ada.

—Prométeme una cosa, mi amor. Cuando te lleven a la Cámara de Hibernación, duérmete pensando en mí, cariño. Así nuestros espíritus viajarán por el espacio infinito unidos. ¡Siempre juntos!

—¡Lo haré, Ada!

Unas horas después, ambos cumplieron su palabra.

CAPITULO XIII

Los hombres del teniente Raussen que velaban el «sueño» de sus prisioneros durante el largo viaje, jamás llegaron a sospechar que los seres sencillos, pero valerosos, podían luchar contra los superhombres con un arma que es atributo divino.

¡Con el espíritu!

El tiempo pasó y nunca fue tan angustioso para el general Haskey Hassel y unos cuantos hombres del Gobierno Central Mundial, que estaban en el secreto de aquella «operación» de Ada Richter.

Una operación de espionaje, como jamás se había llevado a cabo por ningún otro enviado espacial a los distintos planetas.

Personalmente, al cumplirse el año, el teniente general Haskey Hassel se presentó en la Base militar de Yellowknife, ordenando al teniente Raussen que fuese llevado a su presencia e informándole, tras entregarle unos documentos:

—El caso de Ada Richter siempre pesó sobre mi conciencia, teniente. Tal vez esa mujer no quiso asesinarme.

—¿No, mi general? Recuerdo que lo vieron muchos, señor.

—Sí... sí. Yo también lo recuerdo, teniente Raussen. Pero fue una reacción natural, al saber que yo había condenado al hombre que amaba. Así que he conseguido que sea indultada. En el próximo viaje la traerá.

—Señor... ¡Nunca se dio un caso así! Todos los deportados a Plutón...

—¡Cumplirá la orden, teniente Raussen!

—¡Bien, señor!

Cuando la nueva expedición de deportados partió para Plutón, el teniente general Haskey Hassel vio enfilarse las naves hacia el espacio con la duda hurgando en su cerebro. Su lógica le decía que todo podía ser pura fantasía de un hombre llamado Roy Hitman. Pero este nombre le recordaba el de una mujer valerosa llamada Ada Richter y musitó:

—¡Dios quiera que los dos estén equivocados!

Ahora tendría que esperar otro largo año: seis meses para llegar las naves a Plutón y otros seis para el próximo regreso.

Pero el tiempo es algo que nunca se detiene y aquel largo año pasó.

Y con gran alarma, ni en la fecha fijada, ni doce días después, las esperadas naves de Plutón aterrizaron en la Tierra.

Pero sí llegaron unos mensajes apremiantes de varias estaciones espaciales, notificándole al Gobierno Central Mundial:

—¡Atención! ¡Atención! Se han visto astronaves muy veloces pasando sobre Júpiter y negándose a identificarse. ¡Parecían rayos de luz y eran miles de veces más rápidas que las nuestras. ¿Qué hacemos?

El teniente general Haskey Hassel terminó de leer uno de los mensajes y su ayudante indagó:

—¿Qué contestamos a Júpiter, a Marte y a Venus, señor?

—Sólo hay una contestación. ¡Que todos se preparen a luchar!

—¿A luchar?

—¡Eso dije! ¡No hay otra alternativa!

—Pero... ¿A luchar contra quién, señor? ¿Contra seres extraterrestres, procedentes de otra galaxia?

Haskey Hassel sonrió forzado al decir:

—No. Contra seres como nosotros, pero lo bastante locos para llamarse a sí mismos. ¡Superhombres!

—Deben de serlo, señor, ya que poseen esas naves tan rápidas.

—Lo gracioso es que esas naves han sido construidas por el hombre que se anticipó a combatirlos.

—¿Por quién, señor?

—Ustedes no lo entenderían. Pero les diré su nombre. ¡Roy Hitman! Así se llamó.

—¿Ha dicho «se llamó», señor?

—Sí, porque en el supuesto de que viva, habrá renegado de nosotros que le enviamos a aquel infierno y se habrá convertido en uno de «ellos»...

No podían comprender y el teniente general no les culpó. Sólo muy pocos estaban al corriente de todo aquello y en el fondo era mejor. Así el mundo no se desmoralizaría. Pero al menos por lo que respectaba a Roy Hitman, el teniente general Haskey Hassel estaba equivocado.

* * *

Aquella misma tarde, una velocísima astronave empezó a sobrevolar la Base militar de Yellowknife, transmitiendo a la torre de control:

—¡Atención! ¡Atención! Aquí el capitán Hitman... ¡Solicito permiso para aterrizar! ¡Es urgente!

El oficial de servicio en la torre de control creyó haber entendido mal el mensaje y socilitó que lo repitiera. Todas las Bases de la Tierra estaban en estado de alarma y, precisamente, aquella velocísima astronave fue identificada como una de las que habían empezado a aparecer, negándose a identificarse cuando pasaron cerca de los otros planetas del Sistema Solar.

Personalmente, el capitán Ives Robien fue requerido a la torre de control y ansiosamente se volcó sobre la radio al preguntar:

—¿Eres tú, Roy?

La voz del amigo le llegó nítida después del tiempo:

—Sí, Ives. ¡Soy yo! ¡Ya estamos de vuelta! ¡Otra vez en casa, por fin!

Ives Robien sintió que la emoción no le dejaba hablar. Hasta que al fin pudo articular torpemente:

—Pero Roy... tú...tú... ¡No puede ser!

—¿Aún sigues dudando de mí, majadero? ¡Os he pedido permiso para aterrizar! ¡Y ordena que preparen un vehículo! ¡Debo hablar con el teniente general Hassel!

Ives Robien ya no dudó. Desconectó el dispositivo de alarma que hacía que los misiles atómicos estuvieran siguiendo el curso de la astronave, concediendo:

—Dispones de la pista número dos, Roy. ¡Ardo en deseos de abrazarte, muchacho!

La operación de aterrizaje fue perfecta y todo el personal de la Base quedó boquiabierto, maravillados tanto de la precisión del piloto, como de las fantásticas posibilidades técnicas de aquella extraña astronave.

Una rampa se abrió y por ella se deslizaron dos personas: el capitán Roy Hitman y Ada Richter.

Pero los ríos venían bastante cambiados.

Un color violáceo transfiguraba sus facciones y los cabellos del hombre, en otro tiempo castaños, habían desaparecido. ¡por completo!

A la mujer le ocurría igual.

Ives Robien tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una exclamación. Pero logró dominarse y avanzó con sumo amistosamente extendida, deseando:

—¡Bien venidos a casa, amigos! ¿Estáis bien?

—Perfectamente, Ives. Y no hagas caso de ciertos detalles exteriores. Es el precio que hemos pagado por vuestras «equivocaciones».

—Pero...

—Allí, en Plutón, existen ciertas diferencias.

* * *

Los miembros más importantes del Gobierno Central Mundial escucharon al capitán Roy Hitman sin interrumpirle una sola vez. El teniente general Haskey Has-sel parecía de los más afectados, pero vio que no había rencor en el hombre al que había sentenciado, cuando le escuchó resumir su fantástica odisea.

—Lo importante es que estamos aquí otra vez, señores.

—¿Podrá usted perdonarnos, capitán Hitman?

—Señor, la pregunta está fuera de lugar ¡Los humanos nos equivocamos a veces!

—Y esos superhombres del demonio también ¡Con ustedes no pudieron!

—Esa doctrina sólo la pueden aceptar los engreídos y los orgullosos, señor. ¡Los locos! Yo me conformo con ser un simple hombre.

—Dice bien, capitán.

—Lo más importante ahora es prepararnos.

Con sumo interés, el teniente general Haskey Hassel repitió:

—¿Prepararnos ha dicho?

—Sí, señor, ellos lo están haciendo para, en un día no muy lejano, intentar atacarnos.

—Por sus palabras deduzco que todavía no pueden hacerlo. ¿No es así?

—Así es, señor. Cuentan con muy pocas naves superrápidas y las lanzaron en nuestra persecución. Las otras conseguimos destruirlas volando los hangares, aunque eso le costó la vida al padre de Ada Richter. No hay duda que sus planes son ambiciosos, pero nosotros sabremos aprovechar también el tiempo, puesto que hemos traído esa astronave que nos servirá de prototipo.

—Daremos orden para empezar a construirlas inmediatamente. Con su asesoramiento la tarea no será difícil, capitán.

Roy Hitman también lo había dicho: lo más importante era prepararse para la defensa. Y que no cundiera el pánico. Que los ánimos no fallaran. Que el legendario espíritu de lucha de la raza humana no decayera en aquellos críticos momentos.

—Ocaso no habían sido también superados otros tiempos difíciles?

En la vieja Tierra, muy atrás, quedaban superados los formidables cataclismos geológicos, cuando el planeta *no* era más que una inmensa

caldera de rocas y lava hirviendo. Sin la larga noche de los siglos, se perdía la memoria de los hombres que tuvieron que luchar, ¡y vencer! a monstruosos animales cien veces mayores que los primeros habitantes humanos de las cavernas.

Superada también quedaba la fría época de los glaciares. Y lo mismo había ocurrido en siglos y siglos de vida primitiva y salvaje, cuando como animales los hombres se atacaban los unos a los otros. Luchas en las que también hubo que pelear contra el inhóspito medio ambiente.

¡Y siempre se había vencido! ¡Siempre el hombre se había superado a sí mismo!

Como leyenda quedaba en la Historia la formación de las tribus, los pueblos, los reinos, las naciones y los grandes imperios. Luego llegaron las grandes potencias y su sangriento tributo pagado en horribles guerras. Hasta que la razón humana imperó y todos los hombres se unieron, sintiéndose hermanos, hijos de un mismo planeta.

Fracasos y errores. Victorias y conquistas. Retrocesos y avances. ¡Todo estaba entremezclado en la vida! Pero en ese duro crisol se había ido formando el hombre. Y como en cierta ocasión le había dicho Roy Hitman a su buen amigo Ives Robien, mientras el hombre tenga la capacidad de sentir y llorar, habrá esperanza.

Esperanza porque será la señal de que el espíritu divino aún anida en él.

Por eso, ¿qué importaba que se tuviese que volver a luchar una vez más?

¡Aquellos locos del lejano planeta Plutón serían vencidos!

F I N